

Nicomedes Guzmán, escritor del pueblo

Hacer la biografía de un contemporáneo es como ceñirle los pasos, como anticiparse a él mismo en sus propias determinaciones; en pocas palabras, como mezclarse en el terreno puramente personal e íntimo que pertenece a cada cual. Cuando se revelan los hechos pasados de una personalidad que todavía está luchando contra el demonio de su evolución,—cada día nos trae cierta suma de superación—, se le construye un espeso muro en la mitad del camino. Se le retrata, se le diseña, se le constriñe, y ya nadie ignorará qué áreas puede abarcar en el futuro el biografiado, cómo se abocará a las batallas del mundo, en qué forma dará de sí los dulces o los ácidos frutos de su espíritu.

No vamos a trazar la biografía de Nicomedes Guzmán, escritor del pueblo, rural, diríamos mejor, por cuanto su existencia discurre en los polvorientos y brillantes ex-

tramuros de la ciudad. El que quiera asomarse a los límites de su corazón, que lea «Los hombres oscuros», pedazo de realidad arrancada a tirones de la tremenda realidad chilena que se cierne sobre el pueblo— explotación, hambre, miseria, promiscuidad, crimen, prostitución, vicio—, y que está sirviendo de levadura para el amasamiento de más humanos tiempos. Que lea este libro y que entonces diga, como nosotros: «He sostenido un doloroso coloquio con la verdad».

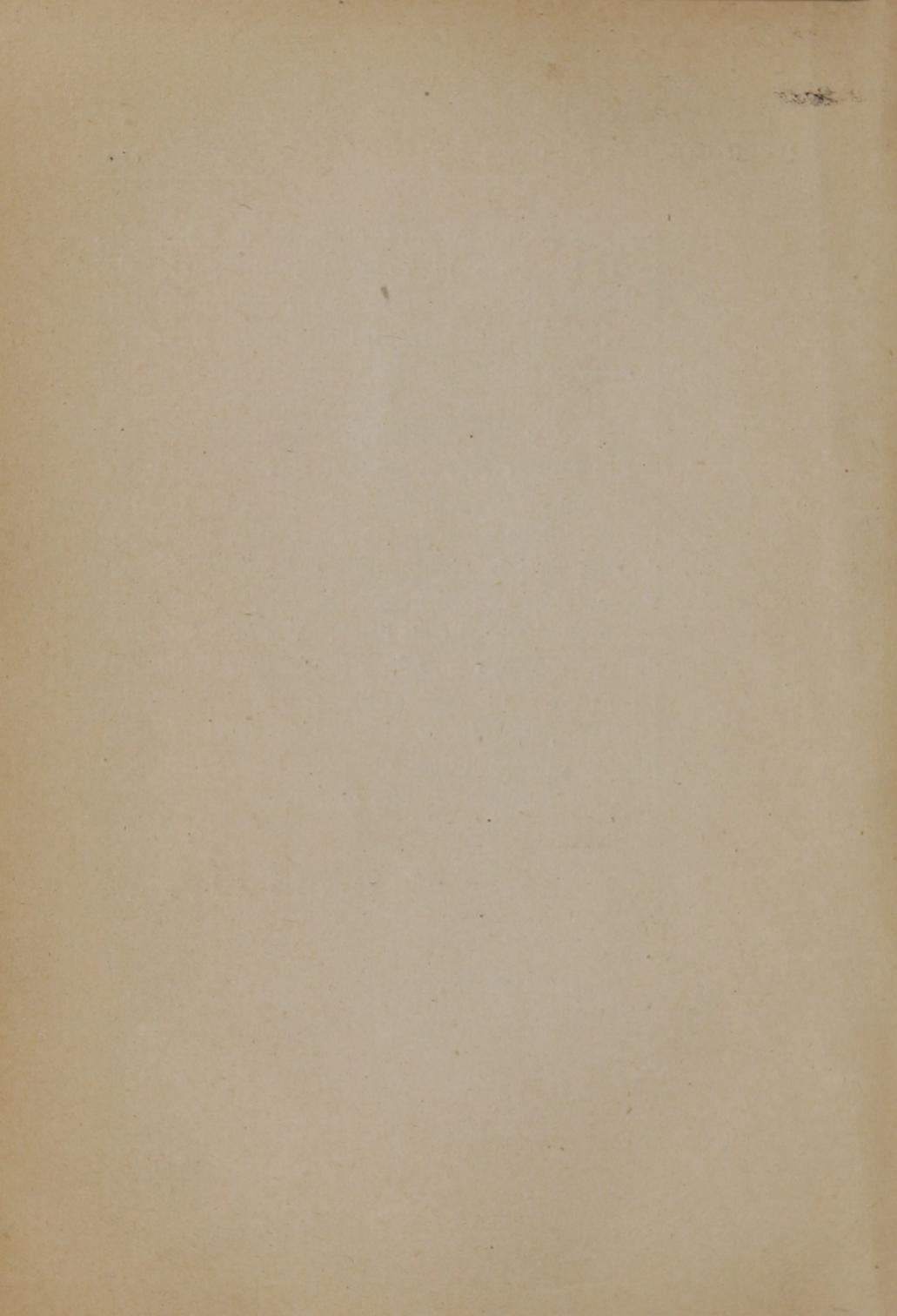
La novela de Guzmán golpea de frente, recto, como un púgil sabio y diestro. El cazador de delectaciones meramente estéticas, saldrá defraudado de ella, y el retórico, y el crítico, y el mojigato, y el sacristán, y el burgués perfumado y engominado— todos estos especímenes de una cultura que agoniza. Nicomedes ha acometido la labor desde una posición donde hay mucho que perder, pero donde, también, el escritor se siente rodeado por la viril camaradería de los que, como él, han sabido despreciar la impunidad y quemar las naves. Confeccionada con la materia prima de la sinceridad y la observación directa, clínica, implacable, mordaz, «Los hombres oscuros» se une al grupo de las

novelas genuinamente chilenas que han visto la luz bajo la general indiferencia del público. Nicomedes Guzmán comprende cuál es el destino que le aguarda a su novela, y sonríe. Tiene toda la pasta de los hombres preparados para los largos combates con la negación y la estulticia.

Sin embargo, me atrevo a vaticinarle, en este nuevo y formidable período de despertar social que se inicia en Chile, la mayor de las satisfacciones que es dable desear: verse leído por muchos de aquellos a quienes está dedicado su libro. Y ojalá no tarde en cumplirse mi pronóstico, pues el triunfo de un camarada como Nicomedes Guzmán, será la corroboración de la fe que hemos puesto en él cuantos nos complace-mos en llamarnos sus amigos.

JACOBO DANKE.

Vísperas de la liberación, año de 1938.



Los hombres oscuros

“Yo digo a un arte con testículos”,

JACOBO DANKE, La estrella roja

“...si el escritor quiere que el pueblo le oiga y tome en cuenta sus palabras, debe encarar su vida y sus problemas con ojos implacables, con palabras firmes como el acero. Que las tiradas sentimentales y las frases de efecto queden para los oradores, o para los actores, para esos mercaderes que viven del trueque de fuegos de bengala por aplausos”.

ERNESTO MONTENEGRO, El escritor y el pueblo.

**A mi padre, heladero ambulante,
y a mi madre, obrera doméstica.**

I

Mi subarrendadora se llama Hortensia. Su marido es un carnicero tan gordo como ella, y de bigotes afilados que le dan cierto aspecto de italiano. Ambos forman una buena pareja. Su prole es numerosa: cinco retoños ya crecidos, vivaces y palomillas; además, una guagua venida a la zaga, después de varios años estériles. Ahí, en sus tres cuartos de pieza, viven estas sencillas gentes. El otro cuarto lo ocupo, yo, libre de la curiosidad de mis vecinos mediante un ligero tabique de sacos empapelados con hojas de diarios.

En la noche, de vuelta de una cafetería cualquiera, me acuesto y pienso largamente acerca de cosas que embotan mi cerebro. A veces, me pongo a recordar las piernas que vi durante el día, y me complazco contemplando hermosas pantorrillas, llenas de tentación con sus tenues y celestes venitas y con los rubios vellos aplastados bajo la transparencia de las medias. Los hilos del pensamiento y del recuerdo se ovillan en la penumbra de mi cuarto, alumbrado por la luz misérrima de un cabo de vela. Alguna polilla revolotea sobre la llama, proyectando su sombra movible en el techo mosqueado y moteado de blanco por los capullos de las arañas, y en las paredes tapizadas de papeles impresos. Un olor a humedad, a ratón, a cosas antiguas llena mi cuarto.

Me entretengo en observar los giros y revoluciones de la polilla y su sombra. De pronto se quema las alas y cae aleteando en la palmatoria chorreada de esperma. Este percance ocurrido a la polilla me sugiere pensamientos que merodean alrededor del hombre, la vida y la muerte. Más tarde, apago la luz. Al lado, todos duermen. Se oyen ronquidos. Pienso, entonces, en infinidad de mujeres. Muslos apretados y blancos, que descubren la opulencia suave y crespada del sexo, se suceden en mi imaginación, tentando las manos del deseo.

Mi cerebro desmadeja, después, el recuerdo del albergue, que fué mi hogar de varios meses. El albergue, con sus hombres y mujeres, con sus chiquillos y sus quiltros. Con toda su miseria palpitante, su dolor mordiente. Miseria. Dolor. Desencanto. Tragedia. A través del tiempo transcurrido, su sombra es como una garra que se me hincara en medio del pecho. El albergue, bodega de máquinas humanas sin uso. Piojos gordos y bien nutridos, rubicundos como burgueses, y chinches asquerosas me rondan bajo el cráneo.

De pronto me sobresalta el llanto de la guagua de doña Hortensia. Llora a gritos desesperados. No hay duda de que le duele la «guatita». Las más de las noches le sucede lo mismo. Se enciende luz. Suenan pasos de pies descalzos. Don Alfonso, el marido, refunfuña entre dormido, revolcándose en la cama. Ruido de loza. Una cuchara cae al suelo. Después, algo que se revuelve en una taza. La señora Hortensia, con seguridad, le prepara agüita de apio a su guagua. La sombra de mi subarrendadora se proyecta en el techo, gigante y movable, que-

brándose en los ángulos de la pared. Pasa un rato. La guagua da tregua a su llanto, gimoteando a intervalos. El agua que le da la madre le hace gorgoritos en la garganta. La criatura tose. Mi vecina le canta dulcemente.

«Hace tuto guagua
que viene la vaca
a comerte el poto,
porque tiene caca»...

El canto es blando y suave. Yo pienso en la madre que no conocí. La imaginación me ofrenda un rostro de mujer formado por la amalgama de todos los rostros de madre que he conocido. La ternura de dos claros ojos se me vacía entera en las pupilas.

«Duérmete, niñita»...

La guagua se ha dormido. Y yo, como ella, lentamente me encamino hacia el sueño, mientras la voz de doña Hortensia va acallándose, hasta que, al fin, persiste sólo la música, entonada quedamente, con la garganta, a boca cerrada.



Ciertamente que hay seres insignificantes que tienden a elevarse. El conventillo, extático en su actitud de viejo en cuclillas y de cara acongojada, en la imposibilidad de elevarse, se entretiene, por las mañanas, cuando el aire sereno lo ayuda, en alcanzar el cielo con los azules brazos de humo que alargan los cañones renegri-

dos de sus cocinas, Así, mediante el humo, bien puede decirse que el conventillo se yergue hasta el cielo, que trepa hasta el maravilloso país de las estrellas,

En la serenidad de estas mañanas, cuando salgo a lavarme sobre la pileta del patio, me regocijo en la contemplación de los humos azulosos, enfilando en lo alto, largos y esbeltos, como espíritus de alucinados en busca de los astros ausentes o a la caza de alguna divinidad.

A nadie le preocupa este bello detalle de la vida del conventillo: las mujeres madrugadoras trajinan de su cuarto a la cocina, de la cocina a su cuarto, en los preparativos del miserable desayuno; algún chiquillo, en otra pileta, se remoja las legañas; alguna chica triste, envuelta en un añoso chal desflecado, las crenchas en desorden, echa los pasos hacia el almacén de la esquina, tras una compra; o una vieja temblona sale a agüaitar al panadero, seguida por un quiltro flaco y tiñoso, de lentos movimientos. A nadie le preocupa este detalle. Sin embargo, aquí estoy yo y mi imaginación, devanando la madeja cotidiana.

El frío bribón de la mañana me da un aletazo. Y termino por lavarme definitivamente.

*
* *

Tan, tan, tan... La campana de la parroquia cercana desnuda sobre la brisa su claro sexo de sonidos, despertando los deseos en el corazón de los creyentes. Y es que hoy es mañana de domingo.

Estoy a punto de encaminarme a la Vega, cuando llega una señora en mi busca. Es Cristina Blanco quien requiere mis servicios. Esta mujer es una de las tantas habitantes del conventillo, madre de tres hijos y cobradora de tranvías. Su marido, Carlos González, también consume su vida sirviendo a la Compañía de Tracción como maquinista. Es un hombre espaldado, alto, de rostro cacarañado por la viruela. Pertenece al cuerpo directivo del Sindicato de Tranviarios y actúa, además, en el Secretariado de la Seccional del Partido Socialista, correspondiente a la comuna. Ambos trabajan, en tanto la hija mayor, una muchacha de doce años, flaca y enclenque, atiende la casa. La señora Cristina, lo contrario de su marido, es físicamente menuda, frágil, la cara como entristecida por una constante e incomprensible congoja. Mientras lustro sus gastados y torcidos zapatos, compadezco sus piernas, cubiertas de várices, que amenazan reventar cerca de los tobillos.

Luego voy tranqueando a mi trabajo. El sol llena ya la calle con la estridencia amarilla de su risa. Una veterana se encamina a misa llevando de la mano a dos rapaces parchados y descalzos. Un hombre harapiento disputa con los perros, mientras escarba en los tarros de desperdicios diseminados por la acera. Las acacias, propicias al parto de los brotes, esperan sin inquietud el estupendo milagro de la estación. Y la calle, con sus altos y bajos, se me ocurre que se contrae como un reptil, desparezándose bajo la alegre, callosa y cordial caricia del sol.



El conventillo, mirado así, a primera vista, da la impresión de un ser extático, dentro del cual la vida se agitará con una calma y serenidad de océano en reposo. Sin embargo, no es difícil imponerse de la distinta realidad que aquí bulle.

En primer lugar, se dijera que, imitando a los chiquillos, la miseria jugará a las bolitas, al trompo o al volantín con la humanidad de este pequeño mundo proletario. El hambre, por consiguiente, no anda ausente, y se pasea por más de algún cuarto, haciendo chascar por los vientres su fusta de gamonal. Fuera de esto, surgen muchos inconvenientes que, como peñascazos, quiebran definitivamente la frágil visión de calma reflejada en la retina de la imaginación.

Si el odio tiene en el conventillo una verdadera expresión, ésta converge, desde todas las almas, hacia doña Auristela, la mayordoma. Doña Auristela es una gorda morbosa, rica en ademanes, presta a las palabras rebuscadas y meticulosa como sólo ella puede serlo. Pero, esto es lo de menos; doña Auristela es una especie de fiera caprichosa e indomable. Amiga de ciertas autoridades, no considera circunstancias ni atiende al sentido humano, cuando se propone desalojar a los arrendatarios. A menudo el barrio es testigo de su impiedad; y la tierra suelta de la calle se ha habituado al gusto amargo de las lágrimas y el aire ha hecho duros sus tímpanos para recibir el duro golpe de las injurias, toda vez que una familia es expulsada por atrasarse en sus pagos. Doña Auristela se siente orgullosa y se contonea como una pava imperial,

porque don Andrés, el propietario, un burgués de tongo, bastón y puro, le da la mano cuando la visita, a fin de recibir la renta de la propiedad. De paso, puede decirse que doña Auristela tiene una hija que, si bien es hermosa, posee mucho del amaneramiento y de la meticulosidad de su madre. En cierta ocasión, la mayordoma llegó al extremo de hacer desalojar por medio de los carabineros, a dos ancianas, una de las cuales estaba agonizante y hubo de ser recogida por una vecina caritativa.

Hace largo tiempo que doña Auristela tiene a su cargo el conventillo. Su marido, un italiano de pérfidos instintos, antiguo mayordomo, fué asesinado por un rufián, a quien, por moroso, arrojara sus cachivaches a la calle, descerrajando la puerta de su pieza, mientras él se encontraba ausente. Desde la muerte de su marido, o de su «hombre», como ella aún lo llama, doña Auristela hace pesar su arbitraria y aguda política de mayordoma.

—¡A estos rotos —dice— hay que tratarlos así, a trompadas!... ¡De lo contrario, se la pitan a una!... ¡Seré mujer, pero aquí mando yo!... ¡Qué se habrán figurado estos facinerosos!...

A los chiquillos les está prohibido jugar en el patio. Y por mucha consideración las lavanderas pueden tender alambres para colgar ropa. Pretende, según se dice, convertir el conventillo en una «cité decente». Pero, materialmente, ningún adelanto se divisa. Y don Andrés se embolsa los pesos, muy satisfecho de la política que, en beneficio de sus intereses, despliega la mayordoma, como la cosa más acertada y humana que en el mundo pueda existir.

El conventillo está habitado por gente de la más baja condición social: obreros, peones, mozos, costureras que se amanecen pedaleando, lavanderas que consumen su vida curvadas sobre la artesa, rateros y putas; una de las piezas la ocupan dos maricones que realizan por las noches fiestas y bailoteos, a los que acuden «amigos» indecentes y sinverguenzas; estas reuniones terminan con boches que congestionan al vecindario y que requieren la intervención de los hombres, quienes ponen a raya a los degenerados. Sin embargo, la mayordoma no desahucia a estos arrendatarios, porque «pagan tan puntualmente».

He dicho que si del odio hay una expresión en el conventillo, ésta converge, desde todas las almas, hacia la mayordoma. No quiere decir esto que entre los arrendatarios no medien sentimientos divergentes. No. Se trenzan, a menudo, en rencillas cuyos resultados se definen con la aparición de dos o más carabineros, que arrean con el culpable o con todos los peleadores y, muchas veces, hasta con los curiosos. Las mujeres se disgustan por nimiedades. Y los hombres, que, por las tardes, regresan cansados de la faena, abatidos por las rudas jornadas o embotados por unos tragos de vino, se topan, al entrar a su cuarto, con las quejas de la mujer. Ocurre a veces que no hacen caso. Pero, por lo común, «tratan de arreglar las cosas». De este modo, es el hombre el que se perjudica casi siempre. En otras ocasiones, molestos por las majaderías, terminan por golpear a la hembra, en medio de la algarabía de los chiquillos.

Esto, mientras en alguno de los cuartos, media do-

cena de inocentes, una esposa o una madre, se retuercen de hambre, en tanto el dueño de casa corretea por las calles, de fábrica en fábrica, de obra en obra, en busca de trabajo, o simplemente se emborracha, brindando por la salud de los amigos y —¡paradoja!— por el triunfo de la Revolución, masturbándose el espíritu con sueños de mejores días para el proletariado.

Así gira, aceza, late, puja y se retuerce la vida de este pequeño universo proletario.

*
* *

Constantemente se realizan en la pieza de Carlos González reuniones de obreros tranviarios, a fin de cambiar ideas sobre los destinos del gremio. Cuando esto sucede, se pueden oír frente a su puerta las acaloradas discusiones que sostienen. Ahí con seguridad se gestan y adquieren forma los proyectos que habrán de discutirse en las sesiones del Sindicato. Hasta la mujer de González interviene. La «compañera Blanco», como la llaman, levanta su voz entre los roncursos masculinos, acatando o proponiendo.

Y es bien fácil imaginarse aquella pieza estrecha llena de voces y aire viciado, sin más ventilación que la que proporciona el pequeño tragaluz sin vidrios; aquella pieza enjalbegada de carburo, adornada con un retrato de Lenin y otro de Recabarren y unas cuantas oleografías baratas; aquella pieza en que se aprietan las camas misérrimas, sobre las que duermen, pese a la bulla, los chiquillos; y es bien fácil imaginársela, así, llena de hombres uniformados, ocupando sillones alrededor de la mesa o sentados al borde de los lechos.

El olor de la pobreza debe volotear sobre el aire viciado, olor a pobreza noble y a miseria abrazada a los hombres y a las cosas lo mismo que un cilicio en el que el egoísmo de la vida ayivara sus negros fuegos de amargura.

Tras de González y otros hombres, como Arturo Robles y el suplementero Alonso, conocidos apenas de vista y por meras referencias, todo el poblado del conventillo, se confunde en la vulgaridad, se abigarra en la rutina, se enhebra fatalmente, sin pizca de diferencias, al rodar de la vida indolente.

II

Esta mañana me he quedado dormido. Y salgo un poco más tarde. Al cerrar la puerta del cuarto, mis ojos topan con una joven baja, de trenzas enrolladas en dos pequeños moños sobre la nuca. Nunca la había visto. Es un bello ejemplar de hembra. Nuestras miradas se encuentran. Y hasta parece que ella me sonríe. El instinto se me alborota. Me entran deseos de seguirla. Pero, me reprimo. Sus caderas ondulan ante mis ojos ávidos.

* * *

Tres días han acontecido desde que la encontrara. Ayer al tiempo le tocó remolienda y zandungueó por los tejados haciendo sonar sus claros zapatos de agua. Como siempre que el tiempo viene de fiesta, no trabajé. En mi cuarto me lo pasé remendando unas tiras—como remendando a los propios minutos—y hojeando las páginas de algún libro. Apenas salí las veces que el reclamo del estómago me puso dulce la boca.

Tres días han acontecido. No la he vuelto a ver, aunque en mis atrasos deliberados en las mañanas, esperaba encontrarla. Ahora, mientras me visto, me he preguntado repetidas veces qué es lo que persigo con el deseo de avistarla. Y me he reído de mí mismo al tocar mis ropajes envejecidos.

* * *

Esta tarde, mientras el crepúsculo toca en lo alto el caramillo de las primeras estrellas, una mujer ha venido en mi busca. Es una mujer baja, de ojos profundos y de trenzas enrolladas sobre la nuca.

—Quería que me lustrara los zapatos, joven...
¿Puede?...

—¡Cómo no!...— exclamo bruscamente desconcertado, no me explico por qué.

Vuelvo adentro de mi cuarto. Los pensamientos se me apilan en el cerebro. Enciendo la vela. Tomo el cajón. Y me aparezco otra vez en el umbral. Ella espera. Sus pupilas brillan, puras y tiernas, a la luz proletaria de la vela. La diestra me tiembla al vaciar la tinta en el tiesto. Mientras la lustro, los minutos se me alargan como si fueran de elástico y una mano misteriosa y malintencionada los estirara. Reparo en una rotura que tiene el cuero de uno de sus zapatos. Una de las medias tiene idos algunos de sus puntos. Algo me gira y me zumba en la cabeza.

Cuando termino de lustrar el primero de los zapatos, alzo la vista, ella sonrío. Comienzo a lustrar el otro. Hacía tiempo que no se lustraba. El cuero está ajado y rasmi lado. Hay bastante barro adherido al borde de la suela. El ruedo de su pollera tiene un ligero desgarrón. La pantorrilla es bien hecha. Mi imaginación juega, manoseando unos suaves y apretados muslos. Mujeres desnudas se tizenan en mi cerebro.

De improviso, ella se pone a toser. Tosido débil como aplastado por una planta de cansancio. Se ahoga la tos con las manos. Mis ojos deben ser interrogativos, pues, cuando la tos se acalla, ella me dice dulcemente, sacando el pañuelo:

—No es nada... Estoy un poco resfriada...

Se limpia la boca.

—Ah...— digo.

En seguida termino. Ella sonríe. Toda la suavidad de sus pupilas se me vacía en su sonrisa. Sus facciones, enfocadas desde el suelo por la luz proletaria de la vela, tiene un relieve que se me ocurre musical.

Me alarga un «veinte». Titubeo. Pero luego lo recibo. La moneda me comunica el calor de su mano.

—Gracias...

—Gracias a usted... Hasta luego ..

La veo alejarse entre la sombra ya frondosa. En mi sangre parece que algo rechinara. Y buen rato aún me quedo escrutando, como si de un instante a otro esperara el milagro de su reaparición. Los pasos presurosos de un chiquillo, sonando en las baldosas gastadas del pasadizo, me distraen. Recojo los útiles. Me tiro en el lecho. Todavía tengo las pupilas llenas de su figura.

Al lado, la guagua de mi subarrendadora está llorando. Los chiquillos se pelean en medio de un bullicio salvaje. Me exaspero. Pasa un rato. En los tres cuartos de pieza de mis vecinos los chiquillos no cesan de chillar. Peleándose, hacen tambalear el tabique que limita nuestras habitaciones. ¡Diablos de chiquillos! Salgo. He olvidado mi sombrero y vuelvo por él. Las piernas me arrastran

a caminar. Pero, me resisto. Y me quedo afirmado contra la pared, junto al portón del conventillo. El cerebro me pesa. En el pecho siento una ruda opresión. Bajo la noche, unos cuantos muchachos juegan, lanzando gritos estridentes. Por allá, voces de niñas cantan:

«¿Qué quería su señorla?...
mandan, dirun, dirun, dan...».

De cuadra en cuadra, las ampolletas eléctricas se encienden, haciendo girar sus reflejos. El portón de un negocio azota la noche con un largo fustazo de luz. La brisa flirtea con los pelos de mi barba. Un ebrio pasa bamboleándose.

—Buena noche, compañero, hip...—me saluda.

—Salud...—digo.

Me llaman la atención unos pasos que avanzan por el pasadizo. Dos mujeres. Una tose. Es ella. La miro alejarse con cierta indiferencia. Sin embargo, de pronto, estoy tentado de seguirla. ¿A dónde irá? La imaginación me dibuja a un hombre en espera, cuabras más adelante. La veo separarse de su compañera y cogerse del brazo del hombre. Me encono de nuevo. Reprimo el deseo de echarme tras de sus pasos. Tiro los pensamientos en el cerebro.

La campana de la parroquia llama a la novena. Del interior del conventillo viene un olor a humo y a grasa quemada. La caballeriza del fondo larga hasta acá sus mosquitos y el hedor del guano en fermento. Desde lejos, como un incienso para el oído, viene un canto de chiquillas proletarias:

«Hay un pájaro verde puesto en la esquina
esperando que pase la golondrina»...

Largo a andar. En uno de mis bolsillos, dos o tres monedas pierden su reposo al jugueteo inconsciente de mi diestra. Luego he de estar ante una mesa, sorbiendo mi café. Bajo un poste de luz, un evangélico grita y gesticula, transmitiendo «la palabra del Señor» a un éscaso público. Y a lo lejos, como un pañuelo musical batido en lontananza, el coro de las futuras madres proletarias:

«Yo no lo quiero verde porque es muy triste,
yo lo quiero calado para que pinte»...

¡Oh, arrabal, pueblo mío, de tu entraña sórdida, del fondo gris de tu aparente impasibilidad, yo sé que un mundo de luz viene naciendo!

III

Acabo de entregar unos zapatos que me encargaron lustrar. Y camino desde el fondo del conventillo hacia mi cuarto, sorteando las pozas de lavaza. En el interior de las cocinas, algunas mujeres atizan el fuego o manipulean sobre las ollas. Las llamas dan a su rostro un vago tinte de sangre. Desde una de las piezas escapan, abordando los oídos, el rasgueo de una guitarra, la voz de una mujer y los zapateos, palmoteos y vivas de una cueca.

La remolienda es en la pieza del maestro Evaristo Rubio, un hombretón de cincuenta años, cordial y amigo de las fiestas. Tuve ocasión de conocerlo una noche en casa de mi vecina Hortensia. Justamente al pasar frente a la pieza enfiestada, sale el maestro Evaristo bamboleándose y medio canturreando una tonada.

—¡Eh, eh, amigo!...

Me sale al encuentro, y me coge de los hombros con sus recias manazas.

—Oiga, amigo, ¿sabe?, estoy celebrando mi santo con tamboreo y güifa... Hay victrola pa' los que queran bailar agarraos...

Larga una carcajada estruendosa, olor a vino y cebolla, y me invita:

—Pase, amigo... ¡Está regüena la fiestoca, oiga!... No es por que lo diga el mismo santo... ¡Pasel...

Vuelve a carcajear. Sé que me convida como habría convidado a cualquier vecino que en este momento hubiera pasado. Acudo a varios argumentos a fin de eludir la invitación. Pero, el hombre me compromete con palabras en que el sentimiento de amistad, tan común en los borrachos, vive igual que un arquero lanzando sus flechas.

—¡Ya, ya, maestro, lo acompaño!... — me veo en la obligación de decir.

—¡Eso es de hombre!... ¡Gracias, gracias, compañero!...

Me estrecha la mano. Sus pupilas tienen un agudo fulgor de alegría.

—Gracias compañero—repite—, los amigos acompañan a los amigos en el día de su...ono...ono...pchi... no puedo decir...: de su santo, y'está!...

Río.

—¡Pero, oiga!—se coloca la mano a modo de portavoz y me cuchichea:—¡Espéreme un poquito, que voy por abí a hacer una diligencia...Hip...

Suelta otra carcajada ruidosa, y se va hablando incoherencias hasta uno de los excusados.

Río una vez más, sin ganas. El zapateo de la cueca hace temblar las murallas. Vibra la guitarra. La voz de la cantora es clara y entonada. Tamboreos, viyas, voces de hombres y mujeres arrancan por el tragaluz sin vidrios, en un robozo de hálito alcohólico. Aprovecharía

de buena gana la ausencia del maestro Evaristo para escurrirme. Pero pienso que no sería correcto. Por lo demás, él ya vuelve. Su corpachón se mueve entre la sombra como un gran pontón abriéndose paso en medio de la noche marina.

—¡Ya me tiene de güelta, vamos adentro!...

Me pasa el brazo por sobre el cogote y me arrastra en su andar impreciso. Da un empujón a la puerta, que se abre hasta atrás, con estrépito. Un ebrio aparece sobándose la cabeza desgredada.

—¡Casi me matastes, gallo!...

Un coro de risas rompe su acorde. La cueca termina. Evaristo me presenta:

—A este amigo lo encontré ajuera por casualidá... Y como yo quiero tener muchos amigos aquí ahora, lo hice entrar... Se los presento, compañeros...

Estrecho una docena de manos callosas. Palmoteos cordiales de borrachos retumban por mi espalda. En seguida doy la mano a las mujeres. De pronto la advierto a ella. Al estirarme la diestra, me mira fijamente, desconcertante.

—A sus órdenes... Inés...

El apellido no lo oigo. Me basta su nombre: Inés. Y lo repito mentalmente, hasta perder el sentido de la palabra. Sin embargo, prevalece su música, sigue sonando en mis oídos el aria que debe haber sido antes de ser nombre.

Alguien me pasa un vaso de vino:

—Tome, señor, por el santo y la güena amistá...

Y como dudo en beberlo, agrega:

—¡Tome, no más, señor!... Si bien no le hace, mal tampoco le v'hacer...

Bebo el vaso hasta el concho.

Gracias...

Me ofrece asiento.

—Gracias...

La presencia de ella me desaploma. Siento sus grandes y suaves ojos negros sobre mí. De buena gana me marcharía; sin embargo, el ánimo se me repone: la mayoría de estos hombres no me supera en vestimenta.

El rasgueo de una cueca empieza.

—¡Ya, niños, a la canchal!..— insinúa un hombre.

Algunos pañuelos sucios y arrugados saltan de los bolsillos. Algunas jóvenes se levantan, invitadas por los hombres. La guitarrista empieza a cantar:

«Debajo de un limon verde
donde el agua no corría,
entregué mi corazón
a quien no lo merecía»...

—¿El corazón sería?...— grita alguien, con alegre sorna.

Sentado en un piso, junto a la cantora, un hombre golpetea con los nudillos la caja de la guitarra. Los pies han echado a moverse. Los que no bailan, tamborean. El maestro Evaristo, arrellenado en su poltrona, ayuda al tamboreo, animando el baile con gritos estridentes. De pronto vocea:

—¡Viva mi santo!...

—¡Viva!...

El bullicio atruena la pequeña pieza. Los borrachos gesticulan y dicen requiebros a las mujeres.

Miro los recortes de revistas, negreados por las moscas, y los tarjereros y santos que adornan las paredes. Entre un retrato al carbón de los dueños de casa y una estampa de la Virgen del Carmen, hay un recorte que representa a «El Tani» en guardia de boxeo.

Los escasos muebles han sido arrinconados para dar amplitud al cuarto. El único catre ha sido desarmado, y los colchones yacen tirados por el suelo.

Observo a Inés: charla con su vecina. Me produce rabia el hecho de que se encuentre en este sitio, a pesar de que se muestra muy recatada y no baila. Hace un rato vacilaba entre irme o no. Pues bien, ahora, decididamente, me quedo. Y me alegro de encontrarme aquí, imaginando que Inés se pueda emborrachar, como ya están dos de las mujeres, o que algún hombre «le falte el respeto».

«Limón maduro...

Hácele un cariñito con disimulo...

Naranjas y limones,

los corazones»...

La cueca termina. Un hombre reparte vasos chorreantes entre los bailarines y demás asistentes. Las mujeres borrachas chacotean. Agarrones. Risas beodas. Carcajadas estúpidas. Rostros agitados. Palabras groseras.

Un colorín de ojos ya velados por el alcohol, ofrece un vaso a Inés. Ella lo rechaza; y, no obstante, a instancias de su padre, un viejo que ya casi no se tiene en pie, tiene que bebérselo. Siento deseos de abofetear al viejo y al colorín.

Luego, cuando empieza la otra cueca, Inés tiene que salir a bailar.

«Dicen que las penas matán,
yo digo no matan na;
que si las penas mataran
yo me habría muerto ya»...

Inés, asediada por el colorín, mueve los pies con torpeza. Los nervios me comen. Los gritos y los gestos de los concurrentes me parecen extravagantes y ridículos. Salta a los ojos el color vivo de alguna enagua. Se divisa alguna cinta regordeta de muslo.

—¿Y ustó, amigo, no baila?...

Junto a mí está el maestro Evaristo. Su corpachón se mece en la borrachera.

—No, maestro, no bailo... No sé...

—¡Ah!... ¡Pero, oiga, usté parece triste!... Hip... ¿Qué le pasa?... ¡Alégrese!... ¡Estos momentos son pa'reír, pa'cantar, pa'meter bulla, carajo!... Golpée en la silla, patée, avivé la cueca!... ¡Qué mierda, aquí hay que alegrarse!...

Me palmotea. Me remece. Su buen humor es como si me contagiara. Golpeo con los pies, y palmoteo.

—¡Así, compañero!... ¡A mi me gusta que la gente que viene a mi casa se alegre!...

Trae dos copas llenas. Las bebemos de un trago.

—¡Esa es cueca, carajo, esa es cueca!... ¡No hay como el baile nuestro, no habiendo mierda!... ¡Viva mi santo, viva mi santo!...

Una alegría loca remece el ánimo del maestro Evaristo. Me recibe la copa. Y zapateando al son de la música, cuidando de no caerse, se va a su poltrona.

El canto y el guitareo acaban. El colorín se deshace en atenciones para con Inés. Los tragos hacen gorgoritear las gargantas. Olor a alcohol, a sudor, a mujeres, a «regla».

La observo a ella. El colorín no parece muy dispuesto a dejarla. Ella está molesta. Mis nervios se exaltan. ¡Imbécil!

Llegan la mujer de Evaristo y su hijo, trayendo un chuico de vino casi a la rastra. Evaristo pellizca a la hembra y la besuquea en la cara y en el cogote, mor-diéndola.

—¡Si tardas un tantito más, perrita, los niños se mueren de «se»!... — le dice.

La mujer chilla, eludiendo las caricias.

—¡Ya, pus, hombre. ya está güeno!..

Se destapa el chuico. La fiesta sigue. Llegan también dos milicos frescos y dicharacheros, amigos del santo, que escogen para bailar a las hembras borrachas. Viben las nalgas y las tetas de las mujeres en los zapateos. La chispa de la alegría, aventada por el alcohol, es cada vez más viva. La cantora, ronca ya, entona:

«Un negrito con su llanto
trata de volverme loca;
el llanto no es por mí,
pero sí lo es por otra»...

Al través de la luz de la lámpara, relucen los átomos de polvo que los zapateos levantan. El colorín no deja de importunar a Inés. Me tomo otro trago. La esposa de Evaristo, vencida por las pocas copas que se ha bebido, se abandona sobre los colchones, dejando a la vista las ligas cebosas y los muslos gruesos y fofos. El chiquillo se echa a dormir junto a ella.

Se toca un rato la victrola. Pero, se impone de nuevo el baile criollo con sus paseos, vueltas y zapateos. Luego, la cantora echa al aire una tonada:

«Cuando dos se quieren bien
y se estiman por un «arte»,
¿cuál lleva el mayor dolor?:
¿el que queda o el que parte?».

Evaristo se pone sentimental y se larga a llorar con tremendos sollozos, que estremecen su cuerpo, en la poltrona.

«El que parte, va pensando
en las leguas del camino:
el que queda, suspirando,
con un dolor de continuo»...

El bordoneo evocador de la guitarra y el sentido sentimental de la letra, desdoblán el espíritu, poniendo

en juego múltiples sugerencias de acendrada envergadura chilena.

«Cuando llegó tu partida,
¿por qué no llegó mi muerte?
¿Cómo podré vivir yo,
ausente de ti y sin verte!...».

Inmensas lágrimas corren por el rostro carnoso y lampiño del maestro Evaristo, haciendo imaginar a un pobre león acorralado.

—¡Eh, compadrito, compadrito! ¿qué le pasa?, ¿por qué llora?...

Evaristo se refriega los ojos.

—¿Por qué llora, compadrito?... ¿Qué le pasa?...

El hombretón mira al compadre por entre los lagrimones.

—¡Ah, compadrito—exclama, sollozando—, pucha la pena que me da cuando una guitarra y una mujer echan al aire una toná de mi tierra!... ¡Pucha, se me taconeá el pecho de cosas viejas!...

—¡Pero no llore, compadrito, nõ ve que hay gente aquí!...

—¡Cómo no llorar, compadrito!... ¡Parece que algo se me hace tira adentro!... ¡Como endilga el tiempo... ¡Menos mal que «los» quean lágrimas pa'llorar los recuerdos!... Hip...

«Aquí terminan los versos
verde pezon de zapallo....»

Evaristo enjuga sus lágrimas. Las arcadas le cogen el cogote y se pone a vomitar.

«El que tiene el «tiemple» lejos,
necesita un buen caballo»...

La tonada concluye. Aplausos frenéticos se apretujan en la pieza. «Sobre la misma», salta otra cueca. Y Evaristo, animado por los concurrentes, sale a bailar con los ojos llorosos y limpiándose la saliva que le cuelga de los labios.

Uno de los milicos, entusiasmado con una de las borrachas, sale, arrastrándola, poco menos, al patio. El colorín ya me está sacando de quicio. Presiento que le voy a «pegar».

De improviso, doña Auristela, la mayordoma, hace su aparición en la puerta medio abierta. Con toda su gruesa figura plantada en el umbral, mueve sus brazos como aspas, y grita:

—¡Ya, pues, maestro, ya está güeno!... ¡Son las doce ya, pare la remolienda!...

--¡Qué carajo!...

Evaristo se le encara, bamboleándose.

Auristela sigue:

—¡Pare la bulla, don, la demás gente necesita dormir!...

—¡Qué se figura, señora, por la puta!... ¡Yo pago mi pieza y nadie me viene a joder, nãdie, carajo!...

Los ojos de la gorda chispean.

—¡Los demás también pagan, pues, y tampoco quieren que los jodan!...

—¡Qué, mierda, yo pago mi plata y nadie me viene con porquerías!... ¡Váyase!... ¡Váyase, mierda!...

Sigue el cambio de palabras. Evaristo se enardece y se le quiere echar encima; pero lo sujetan. Doña Aurstela se va, amenazando con los carabineros.

La fiesta sigue. Comenzamos a entendernos con Inés. Y aunque no sé bailar, en uno de los bailes me adelanto al colorín, y la invito. El muchacho hipa de rabia. Yo estoy dispuesto a todo. Se me ocurre que el colorín va a provocarme. Mas, despechado, se echa en una silla y se pone a roncar.

Algunos empiezan a retirarse. Decidimos irnos también.

Cuando me dispongo a ayudar a Inés a levantar a su padre, que duerme como trompo, completamente borracho, el maestro Evaristo sorprende al otro milico sobajando los muslos desnudos de su mujer.

Suena un golpe dado en plena cara del milico.

—¡Qué te figurai, mierda!... ¡Toma mi mujer no es puta!...

Se arma la contienda. Las mujeres gritan y se aferran a los hombres. El milico coge una botella. Dos hombres lo dominan y lo atracan contra la pared. Pero se suelta y se echa de nuevo sobre Evaristo. La sangre salta de las narices del hombronazo. Las mujeres no dejan de chillar. Inés, inconscientemente, se aprieta a mí. A la algarabía se acoplan los alaridos de la mujer de Evaristo, que despierta y pone el grito en el cielo, al ver a su hombre ensangrentado.

A tiempo llegan los carabineros, en cuya busca salió la mayordoma.

—¡Qué pasa aquí!...

Invaden la pieza, y pescan al milico y a Evaristo.

—¡Este carajo estaba fregando a mi mujer!...

La hembra, llorosa y solícita, limpia de sangre el rostro del maestro.

—¡Van los dos a la Comisaría!...—dice uno de los carabineros.

—¡Yo no, mierdas, por qué!...—alega Evaristo.

—¡No se lo lleven!...—clama la mujer.

—¡No tiene por qué, carabinero!...—interceden algunos asistentes.

—¡Era el milico el que estaba fregando!...

—¡Sí, el milico tiene la culpa!...

Pero, toda objeción está demás ya. Uno de los carabineros ha reconocido en Evaristo a un antiguo camarada:

—¡Pero, vaya, hombre, Evaristo, si eres tú!... ¡Lo que son las cosas!...

Se abrazan, riendo.

—¡Er la que nos vinimos a encontrar, viejo!...

Todos celebran el encuentro. Carcajadas. Recuerdos. Se llenan y se vacían los vasos.

Doña Auristela, por primera vez quizá, comprende que hace de títere en una puerta, y se va rezongando.

Luego, los carabineros también se marchan, bastante «entonados», arrastrando el milico.

—¡En el regimiento te «arreglarán», carajo!...

La cantora duerme. Los concurrentes las endilgan, poco a poco. Inés y yo, sosteniendo al viejo casi dormido, salimos lentamente.

IV

La luz se está despidiendo como sin deseos. Algunas estrellas apuntan ya por el ala oriente del cielo. Una parvada de chiquillos corretea, chuteando una pelota hecha de medias viejas. Los gritos se desgranán en la brisa lo mismo que espigas maduras. Unas pequeñuelas, tomadas de la mano, hacen rueda alrededor de otra que, en el centro, canta:

«Yo soy la viudita
del Conde Laurel,
que quiero casarme
y no hallo con quien»...

De pronto la chiquillería deja sus juegos para rodear a una pareja de perros que copulan, acezantes, en medio de la calle.

—¡Vengan, cabros, aquí hay «dos perros pegados»!...—grita uno de los chiquillos, haciendo señas a otros compañeros distantes.

Una vieja, escoba en mano, se abre paso y trata de apartar a los animaluchos gimoteantes, entre los chillidos y las risas de los chicos. Hombres y mujeres, de lejos, también ríen. Alguna madre llama a su hijo para evitarle el espectáculo. El organillo, que nunca falta a esta hora, endulza el aire con sus notas. Arriba, las estrellas más ausentes deben captar sus melodías.

¡Ah, suburbio, dentro tuyo, parece que el corazón curtido e inmenso del pueblo se remozara! ¡Por tus venas sinuosas yo presiento que la vida viene alzando un soberbio y grandioso canto de trigales y martillos!

*
*
*

Un ruido de carreras precipitadas por el pasadizo, me hace salir. Dos mujeres y unos cuantos chiquillos corren hacia la calle. Un muchacho grita, afuera:

—¡Eh, aquí han tajeado a uno!...

Voy a la calle. La noche se agazapa en las puertas. Me abro paso entre un grupo humano olor a pueblo, a sudor, a trabajo. A la luz miserable de una vela goteante de esperma que una mujer tiene en su diestra, puede verse al hombre muerto. A su lado, escurriéndose a través de las ropas, se apoza una sangre espesa. La luz de la vela le da a su pálido rostro un matiz espectral. Por los labios entreabiertos le asoma la punta de una lengua blanquizca. El sombrero, enterrado, yace junto a su cabeza. Alguien se atreve a urgar en el cuerpo, dejando al descubierto la herida. Un olor a comida vinagre llena el olfato. La herida le atraviesa medio estómago, entreabierta como la boca de un monstruo y sucia de residuos de comida a medio digerir, moteados de sangre gelatinosa. El hombre que descubrió la herida, la tapa rápidamente, horrorizado. Una mujer, impresionada, solloza. Los comentarios se desmadejan:

—El que lo mató era un hombre chico, en camiseta...

—Sería panadero... Son bravazos pa'la cuchilla estos panaderos...

La tragedia coge el ánimo de los curiosos. Los comentarios cobran cuerpo. Se discute la identidad del

muerto. Se dice que era panadero. Que vivía cuerdas más allá. Alguien agrega que era viudo y que tenía siete chiquillos.

—¡Era bien castizo el hombrecito, entonces!...— comenta otro, aventurando una sonrisa.

Algunos carcajean. Las opiniones se contradicen. Se abre paso a un carabinero. El representante de la autoridad mira al muerto. En seguida se aparta del grupo y se pone a tocar el pito. Los tristes pitazos reptan como lágrimas por las mejillas de la noche. Desde lejos contestan. Se oye galopar. Golpeteo de cascos. Y luego, al trote de sus cabalgaduras, llegan otros dos hombres uniformados. Ruido de espolines y de sables contra las duras botas. Uno le arrebató la vela a la mujer que la sostiene. Observa al muerto. Al alumbrarle el rostro, un chorrito de estearina cae y se desliza, solidificándose, por la cara del cadáver. Los otros también observan. Uno le levanta la camisa.

—¡No fué nada!...— comenta irónicamente a la vista de la salvaje cortadura, largando una risilla canallezca e inhumana.

Se le registran los bolsillos. Papeles gastados. Un trozo de cáñamo. Migas de pan. Cigarrillos. Pero, nada que le identifique.

—¿Quién le desabrochó la camisa al cadáver?... —indaga uno de los carabineros.

Las miradas delatan al hombre que lo hizo. El tiembla.

—¡Yo juí señor!...— confiesa humildemente.

—¡Tenés que ir detenido, carajo!...

—¡Jué por pura curiosidá, mi señor carabinero!...

¡Yo no tengo na'que ver con la muerte!...

—Eso no importa... ¡Ya hablaris con el juez!...

—Gueno, señor...

Al pobre ya se le saltan las lágrimas. Uno de los guardias amarra de una de las muñecas al infeliz y se lo lleva junto a las cabalgaduras, que cocean inquietas. El otro le devuelve la vela a la mujer y habla con voz de potentado, sobándose las manos:

—¡Vamos a ver!... ¿Quién estaba presente cuando mataron a éste?...

Un silencio hermético le responde. El sargento se exaspera, Se rasca una oreja.

—¡Que se han figurado!... ¡Como es posible que nadie haya visto algo!...

Silencio.

El sargento, impaciente, se lleva las manos a las caderas. Se disponen a irse.

--Si alguien se digna. que tape el cadáver de alguna manera, mientras llega el juez...

Efectúa algunas rayas en una libreta. Y ya se retiran, cuando un grito desgarrador los detiene:

—¡Pero si es m'hijito!...

Una viejecilla seca y trémula se precipita sobre el cadáver y se abraza a él, sin cesar de gritar: .

—¡Si es m'hijito: me lo mataron, me lo mataron!...

Los guardadores del orden, esperan. La gente se emociona. La vela chorrea los dedos de la mujer que la sostiene. La anciana no deja de clamar, aterrada al muerto.

—¡Por qué mataron a mi hijito, Señor!... ¡Por qué!...

La escena hace llorar a las mujeres. Los sollozos de las hembras se clavan como puñales en medio del sentimiento de los hombres. Una guagua gimotea. Los carabineros se empeñan, ahora, en retirar a la anciana del cadáver. Parece que desde el fondo de sus años la viejecita extrajera toda la fuerza de su juventud para oponerles resistencia. Y cuando logran apartarla, implorante y rabiosa como una hembra que la privaran de su cachorro, podemos ver nuevamente el rostro de la víctima: húmedo de lágrimas, su palidez brilla a la luz penumbrosa y parpadeante de la vela.

Uno de los párpalos se le ha entreabierto, mostrando una pupila sin brillo. La anciana aúlla de dolor e impotencia. Los corazones se estremecen.

—¡No me separen de mi hijito!... ¡No, no, no!

Le da un ataque. Se queda tiesa en los brazos de algunas mujeres que se esfuerzan por mantenerla en pie. Traen una silla y la acomodan. El moño se le ha deshecho a la infeliz, desparramándosele en albos y hermosos haces. Por entre los labios se le escurre una leve espuma. Entre sus dedos, se adhieren coágulos de sangre.

—¡Es un ataque al corazón, pobrecita!...

Una mujer se sorbe los mocos.

—¡Esta es agüita d'éter!... Traten de darle...

—A ver, a ver... ¡Alguien que le tire el dedo del corazón!...

Una le corta un mechón de canas y, encendiéndolo en la vela, se lo atraca a la nariz.

El sargento dice:

—¡Habrá que esperar que «vuelva» para interrogarla!... Sigán atendiéndola, mientras que voy a conseguir que el juez venga luego....

Se retira en compañía del subalterno con que vino. El sargento se larga al galope y el otro se va al tranco de la bestia, llevando al detenido.

El carabinero que se ha quedado trata de ampliar el círculo. Una ráfaga apaga la vela. Algunos de los curiosos se desconciertan.

—¡Qué, qué pasa!... ¡Qué pasa!...

—Qué ocurre, señores...

Una mujer pisa sobre la sangre coagulada y al darse cuenta de ello, suelta un alarido y huye espantada. Salta una carcajada.

—Sería mejor que se fueran... Aquí no hay nada que hacer... —insinúa el carabinero.

A la anciana la han metido en un cuarto cercano. En la puerta se apilan las mujeres y los chiquillos. La luz que se escurre hacia afuera pintarrajea de cobre sus rostros. Junto con otros curiosos, opto por retirarme. Me encamino hacia una cafetería. Tengo el cerebro embotado. Mi espíritu se oprime bajo no sé qué pesadez extraña. Ideas insólitas se me enredan en la cabeza, perdiendo su sentido. Algo helado me serpentea por la nuca. Me sobresalta el gemido de un perro, al que le he pisado la cola.

Cuando regreso, todavía hay gente agrupada que comenta el hecho, pese a que se han llevado ya el cadáver y a la anciana. Se me acerca Arturo Robles. Hablamos acerca del asesinato. En el sitio de la tragedia se agrupan

hombres y mujeres. Del conventillo viene un crepitar de leños. Por los resquicios de las cocinas se vislumbran bandereos de llamas. Un caldero junto a una puerta, chispea, destacando, tenuemente, a su resplandor, la figura de una mujer.

Las gentes entran y salen. Adentro crepitan los leños, Algún perro aulla. Una hembra que sale se persigna. Brinca una brisa helada que encarruja el cuero del cogote. poniendo en guardia los vellós. Blandamente una voz se nos arrima a los oídos:

«Canto la Pampa la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación»...

Sobre el hilo de la melodía, la tristeza, la melancolía, el dolor y la angustia muestran al sentimiento su rostro enjuto y desvalido.

A lo lejos, el grito de un vendedor nocturno es como otro cantar.

«En donde el agua nunca gorgea,
en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea
el cristalino bullir se oyó»..

Me sobresalto de improviso: unos pasos menudos resuenan conventillo afuera. Presiento que es Inés. Pero, no, es la madre de Robles que viene a encontrarlo

«Año tras año por los salares
del desolado Tamarugal,
lentos, cruzando, van por millares
los tristes parias del capital»...

—Salía a encontrarte, hijo... Hace rato que te espero...—dice la señora a Robles.

¡Ya voy, madre!...— Y estirándome la mano:—
Bueno, compañero, lo dejo, hasta luegoito...

A largos trancos echa hacia adentro. Recién me doy cuenta de que es Inés quien sopla el brasero en el interior. La vislumbre de las chispas, destaca sus formas tenuemente.

«Sudor amargo su sien brotando,
llanto sus ojos, sangre sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués»...

Recuerdo que esta canción la entonaba una tísica, allá en el albergue. Era una pobre muchacha tísica la que la entonaba, mientras despiojaba a un pequeño, sosteniéndole la cabeza entre las piernas endebles.

Una guagua llora. Un perro aulla. Un hombre vocifera en uno de los cuartos. Es Inés la que sopla el brasero en el interior. La noche tiembla sobre el barrio.

V

Octubre dirige decididamente el concierto de las hojas nuevas en los brazos retorcidos de las acacias. Por los alambres telefónicos, en los que se mecen esqueletos de volantines, el viento de la primavera zumba y canta.

Desde hace días, todas las noches. Inés me manda sus zapatos para que se los lustre. Sus viejos zapatos que me estoy acostumbrando a querer. Anoche se me ocurrió remendarle una rasgadura a uno de ellos. Hoy viene Inés a agradecerme:

—Ayer se molesto, Pablo... Gracias... ¡Así quién no se lustra con usted!...

—Se hace lo que se puede, Inesita, sobre todo si se trata de usted...

La galantería no le hace a ella ningún efecto. Yo, en cambio, debo enrojecer. Me desconcierto. Sin embargo, en el fondo, siento satisfacción por el hecho de que no le haya emocionado la vulgaridad que acabo de pronunciar.

—No veo el por qué... --me contesta simple y fríamente.

No digo nada. Ella suelta de pronto una carcajada graciosa y sin intención, pero que se me ocurre de burla. Tose repetidas veces. Saca el pañuelo.

Me dispongo a lustrarla. Comienzo el trabajo. La

miro más de una vez. Me sonríe. Mi rostro se abre en una sonrisa forzada, grotesca quizá. En el cerebro se me acumulan los pensamientos sin sentido alguno. El chasquido de las escobillas se me hace majadero. En la calle los chiquillos gritan. Gargantas claras de niñas entonan:

«Hay que tener niñas bonitas,
derruffn... de rufán...
Hay que tener niñas bonitas,
tralalá... la... la...»

Ingenua alegría de animalillos humanos, golpeados por la miseria, pero íntegros en su clara inocencia.

Por las arterias del suburbio, la sangre corre a torrentes, depurando el ambiente.

Termino de lustrar a Inés. Frente a mí la tengo ahora, condensada en su luminosa sonrisa. Me sereno. Ella tose. De pronto me dan ganas de acercarla a mí y acallarle la tos en mi pecho. Nos hablamos. Me alarga una moneda que yo me niego a recibirle, pero que tengo que coger al fin ante sus insistencias. El sentimiento me sube a la garganta en palabras que no puedo decir. Ella se va.

--¡Hasta luego!...

--¡Inés..!

--Se detiene. Se vuelve. Me mira tristemente. No puedo decirle nada. Sin embargo le vuelco mis sentimientos por los ojos. Sus pupilas me responden. Están húmedas. El tiempo se ha detenido, sosteniendo nues

tros alientos. Mas, de repente su rostro se hace terco; da media vuelta y se va.

—¡Inés!...

La alcanzo.

—¡Inés...!

No hay nadie en el pasadizo. La beso largamente, profundamente.

—¡Déjeme!... ¡Déjeme!...—gime con una dulzura que delata el goce que abrasa las venas de su carne y de su espíritu.

Bruscamente se separa de mis brazos y huye hacia adentro. Mis ojos escarmanan la sombra. Momentáneamente la luz de una cocina la alumbró. Siento como si la perdiera por toda la eternidad.

Al entrar al cuarto, tropiezo con el cajón lustrador. Me echo en el jergón. Transcurre un rato largo, en el que siento como si me disgregara. Pero la sangre me corre a torrentes por las arterias y mis pulmones se hinchan para recibir el aire del cuarto, que, aunque viciado, me sabe a un cordial sano y vigoroso. Un ratón roe en un rincón.

Me encasqueto el sombrero y salgo. En la calle me encuentro con Víctor Alonso, el suplementero.

—Lo convidó a la sesión inaugural de la Alianza de Trabajadores...—me dice, haciendo sonar el ronco hie-ro de su voz.—Estará muy interesante...

La sangre me corre a torrentes por las arterias.

—No, camarada, ahora no...

Al camarada Alonso le faltan las dos piernas. Se las hizo pedazos en un choque, cuando fué maquinista

de tranvías. Ahora vende diarios. Tiene un puesto en una esquina central.

—¡Será para otra ocasión, compañero; algún día tendrá que decidirse a acompañarnos!... ¡Hasta la vista!...

—Hasta luego, camarada...

Pienso que, en realidad, debería ingresar a alguna institución política obrera. Sobre todo ahora que la sangre me corre a torrentes por las arterias y los pulmones se me ensanchan. Pero, no me decido: el recuerdo de Inés me llena la cabeza.

Cuando vuelvo, todavía hay llamas que alumbran las cocinas. Una chica sopla un brasero, en el que calientan algunas planchas. A la luz de la vela, a pesar de lo avanzado de la hora, una hembra lava. Desde un cuarto viene el rumor de una máquina de coser. En uno de los cuartos del fondo, una mujer chilla bajo los golpes del marido. El aire apesta a guano podrido. Pero, el olor del hierro caliente es como un golpe de vida en mi olfato. Los gatos se aman en los tejados, maullando.

Mis vecinos se acuestan. Echado en el lecho los dedos de mi imaginación hacen realidad, momentáneamente, multitud de cosas bellas en mi cabeza. En el techo, las moscas se inquietan, haciendo ruido de colmenar. Siento cómo orina la señora Hortensia. Los orines arrancan sonidos de pandereta al fondo de la bacinica. La lámpara de mis vecinos se apaga. Suena la voz de un tortillero en la calle. Luego, el somier de mis vecinos se da a crujir rítmicamente. Doña Hortensia gime. Don Alfonso aceza. Las venas me culebrean. Me atormen.

to con la visión de un hombre y una mujer, abrazados en brutal meneo. Mi sangre aúlla por una hembra. Pienso en Inés. ¡Carajo!

* * *

De madrugada, despierto. Es decir, me despierta el rezongo de una voz.

—¡Ay, Señor, ahora sí que me muero yo; ahora sí que me muero yo!...

Me refriego los ojos, Tiendo el oído. La voz se vuelve a repetir, acompañada ahora de un tosido seco y obstinado:

—¡Ahora sí que me muero yo, ay, Señor!...

Me pregunto quién será y qué le pasará al hombre que se lamenta de tal manera. Indudablemente, la voz es de un borracho. Se siente justamente al lado de mi puerta.

—¡Ahora sí que me muero yo, ay, Señor!...

Los tosidos acoplados a las lamentaciones, no merman. Pasa un rato. Trato de dormir, Me aburro.

—¡Ahora sí que me muero yo, Señor. ay, Señor!...

¡Carajo! Me lanzo del camastro, El frío me remece. Don Alfonso, al lado, alegra entre dientes:

—¡Quién puta estará jodiendo a esta hora!...

Don Alfonso también se levanta.

—¡Ahora sí que me muero yo!

Tiritando, asomo la cabeza al pasadizo. La amanecida, vacilante, hace cabrillear sus dedos de luz. A la claridad recién pariéndose, veo a un hombre tirado junto a mi puerta. Arrollado en el suelo, temblando y gesticulando, no deja de clamar y de toser:

—¡Ahora sí que me muero yo, ay, Señor!...

—¡Eh, compañero, ¿qué le pasa?...

Como si no oyera, continúa sus lamentaciones. Don Alfonso llega por el patio, a medio vestir.

—¿Qué pasa?

—No sé, aquí está este hombre, quejándose... Está borracho, por lo visto...

La facha de don Alfonso es para la risa: el pantalón a medio poner, el paletó sobrepuesto, las tiras de los colzoncillos le cuelgan por encima de los zapatos desabrochados; sobre la cabeza trae un bonete de lana.

—Vamos a ver... ¡Oiga, amigo! ¿qué tiene? ..

Su voz es seca. Agarra al borracho por los hombros y lo remece. El hombre lo mira atónito. A la luz lívida del alba, diviso su rostro de idiota. Don Alfonso lo vuelve a remecer. El rostro del hombre se contrae en un gesto de terror. Por fin habla:

—¡Ay, patroncito, no me mate!... ¡No me mate, por Dios...

—¡No tenga cuidado, si no le hago nada!... Quiero saber qué tiene, qué le duele, a ver si puedo remediar sus dolencias....

El borracho baja la cabeza como si meditara.

—¡Qué hubo, amigo, hable, pues, ¿qué le pasa?...

—¿Qué me pasa?...—pregunta extrañado el borracho.—¡Bah, qué me pasa!—concluye entre carcajadas reticentes.—Ja, ja... ¡Qué me pasal...

—Sí, amigo... ¿Qué le pasa?... ¿A dónde vive?...

—¿Qué... qué me pasal... Ja, ja, ja... ¡Dónde, dónde vivo!... Ja, ja...

—¿Qué tiene, amigo?... ¿Por qué se ríe?... ¿Qué le pasa?...

—A mí, a mí... no me pasa nada ¿sabe?... nadita me pasa...—le hace señas a don Alfonso para que se acerque, y continúa:— A mí, compañero, no me pasa nada... nada... ¿sabe?... Pero me río, me río, ja, ja, ja... me río de la vida... ja, ja, ja... sí, de la puta vida..., de esta boñiga...

Nos echamos a reír. El borracho asume una actitud trágica. Luego, baja la cabeza y se pone a gemir como un perro, balanceando el cuerpo.

—¡Habrás visto!...—comenta don Alfonso.--¡Se ríe de la vida!... ¡Pero, porque este curao de carajo se ría de la vida nosotros no nos vamos a entumir!... ¿No le parece?...

—Así creo...—contesto, zamarreado por el frío madrugador.

—¡Eh, compañero, párese; se está entumiendo aquí!... ¡Vayase a su casa, su mujer lo espera!...

Las miradas perplejas del borracho se cuelgan de las orejas de don Alfonso.

—¿Eh?... ¿Mi mujer me espera?... Ja, ja, ja... ¡Qué me va a esperar! ¡Me botó pa'dormir con el otro!... Ja, ja, ja...—ríe el ebrio con amargura.

Don Alfonso mueve la cabeza. Buen rato está tratando de convencerlo de que se vaya. hasta que la paciencia se le agota y lo pone de pie a la fuerza. Yo lo ayudo. El borracho es pesado y cuesta mantenerlo en pie.

—¡No me mate, patroncito, por Dios, no me mate!...—ruega otra vez, esforzándose por echarse al suelo.

—¡Si no lo matamos, hombre, pero váyase!...

—¡Patroncito, por todos los santos, no me mate!...

—Si no lo matamos, hombre... ¿Cuántas veces le digo?... ¡Pero, no joda más, por la puta, y váyase!

Don Alfonso termina por aburrirse. Yo también me impaciento. El frío nos clavetea el cuero. A un tiempo largamos al hombre, que cae como saco de plomo al suelo.

—¡Imbécil!... Dejémoslo que se entuma por güevón!..

El golpe parece que trajera a la realidad al hombre, pues, se esfuerza por levantarse.

—De veras... Tengo que irme...—refunfuña.—Tengo que irme... Je, je...

Lo ayudamos. Se refriega los ojos.

—Tengo que irme... Je, je je...

Echa al aire otra cacajada, que es como una cacajada de tonto. Y se pone a caminar, apoyándose en la pared. Su paso es indeciso como la luz de la amanecida. Luego, tambaleándose sale a la calle. Aún le oímos reír largamente. Don Alfonso, riendo también, y tiritando, comenta:

—Un horracho sirve pa'joder, no más....

—Parece que lo botó la hembra al pobre...—digo, por hablar algo.

—No le «haría» como Dios manda .. ¡Cómo buscó a otro p'acostarse!...—ríe mi vecino.

Me encojo de hombros. Don Alfonso se marcha. Las tiras de los calzoncillos le arrastran por el suelo. Las piernas de sus pantalones semejan un par de acordeones.

Atranco la puerta y me echo de un salto a la cama. Se oye el golpe de la puerta que acaba de cerrar don Alfonso. El catre gime al recibir su cuerpo grandote. Cuchicheo de voces.

Por el tragaluz, la madrugada hace temblar sus dedos claros. Los primeros átomos de luz se escurren hacia el cuarto. Por sobre la ciudad aún dormida y bajo as últimas y ateridas estrellas, los gallos burgueses y proletarios, como hermanos, zurcen las distancias con las agujas sonoras de sus cantos.

VI

Los cerrojos de la noche están echados. El arrabal y su chato caserío, se amodoran bajo la mano tibia de las estrellas.

Digo:

—Cosas hay poco menos que veladas para los hombres... La amistad, por ejemplo, la verdadera amistad tiene entre nosotros esta suerte... Yo he venido experimentando esto a menudo.. Por esto mismo puedo apreciar mejor tu amistad.. ¡Qué buena eres, Inés!...

Juego con sus cabellos sueltos.

Ella me coge una de las solapas del paletó. La brisa aceza entre la hojambre. Sus pupilas, en la sombra, sus grandes y cálidas pupilas, son dulces como uvas.

—Una es como es, Pablo... Me alegro de que me encuentres buena... Créeme, me haces feliz... Yo no me atrevería a decir lo que soy... La bondad es tan... tan... no sé como decirte... Depende del modo de pensar de las gentes... De la manera de sentir... ¡Se puede ser buena de tantas maneras!... ¡Fíjate, mientras te parezco buena a ti, soy mala para mis hermanas, para mi padre, para todas las gentes!... Pero me basta ser buena para ti...

Apoya la barbilla en mi pecho, mirándome. La beso.

—¡Mi pequeña!...

Oprime su cabeza en mi pecho, se aprieta a mi pecho, como si quisiera hundirse en él. Tose. Se oye el bocinazo de un automóvil. Un tranvía corre al borde de la noche inquieta, El suburbio ronca, palpitando como un gran corazón angustiado.

Pasan hombres y mujeres curiosos. Alguna puerta sacude sobre la vereda una alfombra de luz. Por allá, algún bar deporta a la calle la voz chicharreante de un altoparlante.

Acaricio sus manos. Mis manos obreras de macho acarician y gozan del contacto de esas manos obreras de mujer. La noche nos coge y nos entibia los deseos. La inquietud nos corre por la sangre. ¡Qué suavidad de musgo la de sus pupilas! La beso en las mejillas, en la boca, en las pequeñas orejas.

—¡No, Pablo, ahí no!...

—¡Inés!...

—Debo irme...

—Tan luego...

—Sí, tan luego...

Busco de nuevo sus orejas, con los labios.

—No seas malo... Déjame... Me voy...

La beso con calor en la boca, Sus labios arden. Beso también sus manos, sus manos bajo cuya obrera suavidad la ternura hace sentir sus corazones.

—Hasta luego, mi pequeña...

Caminamos juntos algunos pasos. Nos separamos.
En mis venas, la vida pulsa sus más jocundas guitarras.

VII

Esta noche, mientras me bebo una taza de café, entra en el negocio en que me encuentro Arturo Robles, acompañado de Carlos González, el obrero tranviario. Desde afuera me reconocen y levantan el puño en señal de saludo. Se allegan a mi mesa.

—Salud, compañero...

—Salud...

Una muchacha se acerca. Robles pide dos cafés puros. Hablan de cosas sin interés. Alterno a momentos. La cafetería se encuentra muy poco concurrida. Hay unos pocos trabajadores y dos prostitutas que ríen con estridentes y morbosas carcajadas.

El aire está azul de humo, y pesa en las narices al respirarlo. Del techo cuelgan telarañas tiesas de hollín. La muchacha vuelve con dos tazas que despiden vaharadas de vapor blanquecino y aromático. Los hombres comienzan a beber en silencio.

De pronto, Robles larga una pregunta:

—¿Y qué se dice por el Sindicato, compañero?...

—Hay noticias de que la Compañía aceptará un pliego de aumento que presentamos. No es mucho lo que se hace que digamos. ¡Pero, qué diablos, algo es algo!

—Y el Partido ¿qué tal anda en la Comuna?

--No está mal, pero podría estar mejor. Falta coo-

peración. En la directiva se trabaja mucho; pero, las bases no responden.

—Como siempre, camarada. Le falta a nuestra gente mucho sentido de solidaridad.

—En realidad, amigo Robles... Y esto se puede apreciar mejor en el Sindicato. Todos demuestran mucho entusiasmo y acatan todos los acuerdos. Pero, en el momento dado, no responden. La apatía vence a la gente.

—Fué justamente la falta de voluntad y la inercia de mis camaradas lo que me alejó a mí de la lucha, compañero. La actitud negativa que asumían los compañeros frente a problemas de gran importancia y su irresponsabilidad misma, me cansaron, me desmoralizaron.

—Y es lógico, camarada. A mí me pasa lo mismo. Créame, a veces, estoy a punto de claudicar. Sólo mi profunda convicción socialista me salva. Además, el desistirme significaría una actitud contrarrevolucionaria, y yo, por sobre todo, me sé revolucionario. Pero, en el fondo, no crea que guardo muchas esperanzas respecto del porvenir de mi Partido. Todo el trabajo de la gente verdaderamente entusiasta se pierde frente a la apatía de los demás...

—En este sentido, le repito que estoy completamente desalentado. Los hombres del pueblo, compañero, parece que estamos condenados a vivir eternamente una vida de miserias y de humillaciones por la simpleza de que, reconozcámoslo, no somos capaces de responder a nuestras propias aspiraciones. Vea usted, camarada, después de todo lo que trabajé, no me queda sino la satis-

facción de la lucha. Las experiencias son duras y lo despedazan a uno. Las inquietudes sociales del año veinte, me cogieron en la Universidad. Perdí dos años de estudios, descuidándolos por mis actividades revolucionarias. ¿Qué saqué? Nada. Es decir, perdí la ayuda que me prestaba la Liga Protectora de Estudiantes Pobres y luego, junto con otros compañeros, me despidieron de la Universidad.

Calla un momento Robles. Sorbe unas bocanadas de café y continúa:

—Yo recuerdo, compañeros, esas grandiosas jornadas del año veinte. Reuniones aquí, mítines allá. Recuerdo a ese gran muchacho que se llamó Domingo Gómez Rojas verdadero hombre y verdadero revolucionario, pronunciando admirables y efervescentes discursos ante las multitudes proletarias conmovidas. El mismo Gómez Rojas, que la «injusta justicia» encarceló y maltrató hasta enloquecerlo y matarlo... ¿Y por quién se sacrificó?... Por él mismo proletariado falto de comprensión, responsabilidad y hombría que, acaso, tenga hoy para él un recuerdo. Sinceramente, yo estimo que es inútil el sacrificio de muchos compañeros...

—¡Inútil no, compañero!... —le interrumpe González.
—¡Algo se obtiene, camarada Robles!... Su manera de pensar lo pone a usted en un margen completamente contrarrevolucionario...

—Sin tener intenciones de serlo, puede ser que resulte un contra revolucionario. Pero, ante la verdad, hay que doblegarse, compañero... La Revolución, la verdadera

Revolución se hace por las raíces, y en mi concepto, la idiosincracia proletaria es una raíz vital que tiene que depurarse en cada una de sus fibras. Por el momento, me parece que reconocer nuestros defectos y errores, y trabajar por salvarlos, es ya hacer algo por el triunfo de la Revolución.

Toma otros sorbos de café. Carraspea. Yo parto migas de pan con las uñas sobre la mesa. El local comienza a llenarse. Se oyen palabras gruesas, y carcajadas.

—Usted — prosigue Robles — me decía hace poco que algo se obtiene del sacrificio de los compañeros. Nadie va a discutirlo. Y, sin embargo, ¿que resultaría ese «algo» comparado con lo que sería posible obtener si los trabajadores se unieran en una sola masa que, consciente de su responsabilidad, se decidiera, de una vez por todas, a hacer respetar sus derechos frente a la casta privilegiada?.. Yo, más de una vez he pensado que nuestro obrero reclama derechos más por sugestión que porque haya llegado a la conclusión de que es merecedor a ellos, o porque después de meditar se haya convencido de que su situación dentro de la sociedad no debe ser, precisamente, la de la bestia. Si el pueblo se detuviera a pensar como es debido acerca de su situación, si pusiera su conciencia al servicio de la realidad, se haría, ineludiblemente, solidario de sus aspiraciones, y lucharía hasta lograrlas. Pero, por el momento, me parece que eso no es posible. El vicio lo vence y el pueblo está como condenado a hundirse cada vez más.

—¡Exagera usted, compañero!... — alega González. — El vicio no es tanto como para vencer al pueblo. Lo que

más bien lo incapacita es la falta de cultura. Si el pueblo se cultivara, resurgiría tal como nosotros soñamos. Unas pocas de las múltiples ramas de la cultura en conocimiento de nuestros camaradas, darían como fruto ese sentido de reflexión, de comprensión y de responsabilidad que usted aludía recién; lo capacitarían para desempeñarse como es debido en la vida, le crearían criterio propio, y el proletariado se convertiría en un solo hombre que, con decisión y energía, ascendería al sitio que humanamente debe ocupar dentro de la sociedad.

—Muy de acuerdo, mi amigo. Pero, vamos a la esencia de las cosas. ¿Por qué no se cultiva el pueblo como sería de desear? Simplemente porque el vicio lo ha embrutecido. Le advierto que hablo en términos generales, lo que da lugar a excepciones. Es justamente a estas excepciones a las que debe el pueblo el no estar completamente derrotado. A nuestro obrero le interesa de sobremanera la satisfacción de sus vicios, el alcohol más que nada. Se emborracha, sacrifica su salario a manos del cantinero, todo en desmedro de sí mismo, de su familia y, lo que es más, de la clase a que pertenece.

—¡No exagere, compañero!...—argumenta González.
—Por favor, no exagere... Es claro que el obrero «toma», tomamos, diré, aunque no soy vicioso. Sin embargo, convengamos en que su situación misma, la desolación en que vive, el ambiente miserable en que se desarrolla su existencia, son alicientes más que suficientes para que busque ratos de alegría y olvido. ¡Qué días!...

—¡Qué convengamos! ¡Vaya, camarada! ¡No, no vamos a convenirl... Es claro que el «trago», en cierto modo, procura alegría. ¿A qué desconocerlo? Pero, está claro también que el hombre con embotarse nada consigue ni remedia. Supongamos, sin embargo, justificada su actitud. Dígame usted, ¿es de hombre, es de ser racional, es de humano el que alguien, por conseguir la disipación de su amargura se entregue al alcohol, mientras su familia en un cuartucho conventillero padece las consecuencias, viviendo una angustia que en tales circunstancias no tiene razón de ser? Porque, la verdad es que el olvido que ese hombre busca, y su alegría, valen hasta el hambre de la mujer, de la madre o de los hijos. Pongamonos en la realidad, mi amigo. ¿No es esto una cobardía, un egoísmo sin nombre, una aberración que ni en las bestias se observa? ¿Por qué ese hombre en vez de limosnear olvido en una copa, no reflexiona un poco acerca del origen de su situación? Analizando las cosas con el más simple criterio, con un poco de sentido común, se llega a conclusiones claras. Y él, de este modo, descubriría el por qué de su situación. Pero, para nuestro pueblo lo más importante es el vicio, y todo queda al margen con tal de satisfacerlo. Ahora, después del alcohol, tiene usted las carreras... Va usted los días festivos a los hipódromos y los encuentra repletos de gente que, en su mayoría, es de nuestra clase. Yo, compañeros, reconozco que soy un decepcionado. Pero, catorce años de lucha y experiencias son bastantes. No dudo de que el vicio pierde la conciencia del trabajador. ¡Y, hombres! cosa cu-

riosa... ¿Quiénes son los que ganan a merced del vicio de nuestros camaradas? ¿De quiénes son las grandes viñas y los hipódromos? El pueblo, compañeros, que habla, que perora, que clama, que insulta a sus explotadores, no es capaz de comprender cómo el salario miserable que se le paga va a parar, mediante sus vicios, a manos burguesas. El mismo salario que, por muy miserable que fuere, podría contribuir a un poco de bienestar para los suyos. Falta comprensión, falta cabeza. El proletariado vive ciego...

—¡Es ahí justamente en dónde se impondría la cultura!...

—¡Claro, precisamente, camarada! Pero lo lamentable es que no existe en el pueblo un sentido cultural. Usted lo puede observar: gran parte de los padres sólo se preocupa de que el hijo esté en condiciones de trabajar para que vaya con él a engrosar la legión de los explotados. Cuando lo natural sería que, ya que un padre no tuvo los medios para cultivarse, ayude al hijo para que lo supere...

—¡Pero, compañero, usted sabe que «la necesidad tiene cara de hereje»!...

--Sí, de veras, la cuestión económica lo anda embromando todo. Sin embargo, cuando hay voluntad, las posibilidades lo cogen a uno del brazo. Es cuestión de esfuerzo y constancia. Y por supuesto que hay que dejar a trasmano el deseo de olvidarse de la crudeza de la vida mediante el trago.

Robles se bebe el último sorbo de café. El pan suyo ha quedado intacto. La taza de González hace rato

que quedó vacía. Las migas de pan que hay sobre la mesa se hacen cada vez más pequeñas bajo la ociosa pertinacia de mis uñas.

El maquinista se encoge de hombros, se suena, y habla:

—Es cierto, compañero. Y es lamentable, ya que a cultura de nuestro pueblo es un gran problema que necesita una solución rápida. Una campaña enérgica y valiente en el sentido de levantar culturalmente, en lo físico y en lo intelectual, a la presente generación de niños proletarios, redundaría en el mejoramiento y en el progreso de nuestra clase a corto plazo.

—En realidad, el problema de la cultura dentro de las clases asalariadas es un problema vital y de gran trascendencia... Y si en la buena voluntad de los padres está contribuir a su solución, ésta, fatalmente, deberá ser resuelta por el Gobierno... Pero, está visto que a ciertos Gobiernos les interesa de sobremanera mantener al pueblo en la ignorancia y, para beneficio de una minoría privilegiada, tienden a propagar el obscurantismo en el pueblo... El problema cultural, como muchos problemas que atañen a nuestra clase, será resuelto sólo por un gobierno progresista y constructivo, esto es, revolucionario...

—Nuestro Partido tiene grandes proyecciones en este sentido...

—Todo Partido revolucionario debe tenerlas...

El rostro de Robles está sombrío. Las ideas recién intercambiadas, me giran zumbando como abejorros en la cabeza. El local está repleto. Las voces se pelean en el aire. Las risas golpean los tímpanos. Suenan las tazas y

las cucharas. El barullo ahoga nuestro silencio.

Un chiquillo harapiento, de tierrosa cabellera, se nos acerca. Por las ventanillas de las narices, le asoman dos gusanos de mocos. Su diestra flaca y sucia se estira implorante.

—¡Caballeros, una limosnita!

González le alcanza el pan que dejó Robles. Este le insinúa que se suene. El chico se pasa una de las mangas del viejo y ancho paletó por las narices, y, en seguida, el dorso de la mano, sorbiendo. Da las gracias tristemente. Robles mueve la cabeza.

Las prostitutas han logrado conquistar a dos atorantes y se van con ellos, chillando alegremente. González enciende un cigarrillo.

—Bueno, vamos andando...

Robles se levanta. Pagamos. Y luego vamos tranquiendo calleja abajo. Un matrimonio de vagabundos, fétido a vino, nos aborda para pedirnos unas monedas. La mujer se queja, mientras el hombre dice que les falta para pagar el alojamiento. No hacemos caso: el olor a licor es muy elocuente.

La noche canta. El cielo cuelga sus farolas atónitas. Nuestros pasos tienen sonoridad errabunda de matracas activas. Balanceándose en la puerta de un bar, un borracho gesticula y vocifera:

—¡A mí me robaron mi reló... ;pero como yo soy comunista, voy a robar otro reló!...

Robles, moviendo la cabeza, larga una risilla solapada, y dice:

—¡Miren que lindura!... ¿Han visto ustedes manera más estupenda de «prestigiar» una doctrina? Yo, aunque no pertenezco al Partido, sigo simpatizando con los principios comunistas, y abomino de quienes tergiversan su noble sentido. Vean ustedes a ese imbécil; si estuviera en sus cabales, les aseguro que lo patearía. ¡Estúpido! ¡Y pensar que ese representa a la mayoría!...

Ni González ni yo comentamos; pero adentro algo nos come. Por nuestros cerebros pasan procesiones de imágenes. El tiempo transcurre a la par que nuestros pasos. El tiempo sobre cuya cabeza de viejo arriero las horas se petrifican. El caserío chato se acurruca en la falda de la noche.

De pronto nuestro conventillo está junto a nosotros.

Nos despedimos. La obscuridad vela los cuerpos que largan hacia adentro. Ya estoy en mi cuarto. Un olor a subterráneo me hurguea las narices. Me pongo a reírle a la obscuridad. Sin duda, si algún niño me sorprendiera riendo así, se asustaría. Me acuesto y me digo:

—¡Buenas noches, Pablo!...

Pero, no alcanzo a contestarme, porque ya me he dormido.



VIII

Las sombras se apelonan en la calle, buscando el hueco de las puertas, en huida de las agujas de luz que paren las ampolletas. Las acacias floridas llenan el aire de una fragancia honda, grata y evocadora. Cerca hay un canto de niños.

—¡Sí, es necesario que nos separemos!...

Las palabras de Inés son amargas. Sus pechos tienen sobresaltos de paloma, mis manos embetunadas acarician sus manos.

—¡No es posible!—digo.

—¡Se hace duro resistir a las malas lenguas, Pablo!

—¿Pero qué pueden importarnos las malas lenguas? ¡Nosotros somos nosotros! Allá las malas lenguas con su palabrería.

—Las mujeres dependemos en mucho del «qué dirán». ¡Mis hermanas..., mi padre!... ¡Sí, Pablo, debemos terminarl!...

Inés tose. ¡Qué claridad de ojos en la sombra!

—No sacariamos nada, Inés... ¡No tenemos por qué separarnos! ¡Ya te lo digo! ¡Nosotros somos nosotros!

La ternura y el empuje del instinto se manifiestan en mis manos y en mis labios. Ella se deja acariciar. El silencio se mece sobre el coro de niños. La fra-

gancia de las acacias invade la sangre como el contacto tibio de Inés.

Pasa un largo momento. Mis nervios no están quietos. Beso con fuerza a la mujer, con calientes besos que me nacen del sexo. Y ella, con voz tan profunda, como nacida de su entraña pura de hembra, dice, apoyando su cabeza en mi pecho:

— ¡De veras, no tenemos por qué alejarnos! ..

Una cordial ternura hace acto de presencia en su voz. Yo pienso en el ruido de dos gotas de rocío al chocarse. Sus ojos están prontos a alumbrar algunas lágrimas.

* * *

En verdad, la gente habla. La maledicencia teje alrededor nuestro las suposiciones más extremistas, que, de boca en boca, adquieren caracteres de realidad. Por las tardes, al trasponer el portón del conventillo, las dos o tres mujeres que nunca faltan allí detenidas, se me quedan mirando, y se dan a intercambiar cuchicheos descarados. Las hermanas de Inés, cuyos oídos han dado caza a todas las habladurías, blanden armas contra la muchacha. El decir de las comadres es como si les proporcionara un látigo de apretadas trenzas para atormentarla. Ayer una de ellas, deliberadamente, vino a lustrarse conmigo. No tardó mucho en dar a conocer el verdadero objetivo de tan inusitado requerimiento de mis servicios:

— Oiga, joven... Por ahí andan hablando mal de la Inés por culpa suya... Quiero que sepa que de mi her-

mana no se viene a reír un cualquiera. Si andan en algo, estaría bueno que la cortaran...

La rabia me anudó las palabras en la garganta. Sin embargo, pude proferirle:

—¡Vaya! Yo sé perfectamente lo que hago! Cierto que soy amigo de Inés... Pero sería bueno que cerrara los oídos a los comentarios y abriera más los ojos...

Me quedó mirando unos instantes. Sus ojos eran dos brasas vivas. Mordiéndose, me arrojó una moneda y se alejó, sin dejarme terminar el trabajo. Esta mañana, al salir, volví a encontrarla. Sus pupilas se me clavaron como dos dardos al rojo. La miré apenas. Y eché a caminar calleja arriba. Lejos, sonaba la campanilla del carrerón basurero. Los perros encarbaban en los desperdicios de los tarros y cajones desparramados por la acera.

IX

El verano distribuye su manifiesto en las mejillas tersas de las primeras cerezas. De pronto, larga por las calles a los vendedores de duraznos, melones y sandías. Las campanillas de los carritos heladeros afilan en el aire sus voces agudas, mientras golondrinas nuevas se ejercitan por encima de los tejados. Las acacias, en constante pereza, se adormecen bajo una gama de polvo.

Durante el día, el suburbio aceza lo mismo que un bruto agotado, azaeteado por el cansancio de las siestas interminables. Sólo en las tardes, a la hora en que el sol exhibe por sobre los cerros del poniente la gimnasia estupenda de sus colores, el suburbio da tregua a su «cezar y se baña en la frescura que, como mensajera de las montañas distantes, viene anidarse por acá, junto con la bajada de las primeras sombras. Luego, se diría que las estrellas terminaran de ventear los malos humores que el sol tórrido del día acumula en el ambiente, al contacto con la tierra áspera de las calles y las pozas de lavaza y aguas pútridas que cubren los patios de los conventillos.

Así, el suburbio, da la impresión de liberarse, de abrir los brazos y fortalecerse, cuando la noche baja. Además, de tarde en tarde, suele pasar una regadora municipal, refrescando las calles con su claro abanico de agua. La tierra sedienta, ya satisfecha, pone entonces de manifiesto su solidaridad para con los hombres, regalándolos con un grato aroma de potreros recién regados.

Arrapiezos descalzos, tirillentos y desnutridos juegan y gritan en las calles.

* * *

El conventillo tiene, desde hace una semana, nuevos habitantes. Son cesantes del norte. Se dice que, estando en Santiago, fueron llevados al Sur, pretextando hacerlos colonos, a fin de evitar la exhibición de su miseria en las calles de la capital. En Temuco fueron abandonados; y, después de algún tiempo, se volvieron a pie. Con ellos ha venido un araucano medio ciego, añoso y abatido.

Tras grandes lamentos y ruegos, consiguieron que doña Auristela les arrendara los restos de una mediagua existente en el fondo del conventillo. Con latas mohosas y sacos, han construido un cierra, dentro del cual tienen sus jergones y trapos, y limitan su vivienda, amparados del sereno nocturno por las dos o tres planchas de zinc que en ese sitio habían. Es gente sórdida, vestida de harapos y de piojos, sin parentesco común, salvo una de las mujeres, a quien llaman la «gringa pobre», que viene acompañada de su hijo.

En el día, algunos salen a limosnear. Coñopán, el araucano, se vale de su *trutruca* para ganar en el centro de la ciudad algunas monedas. Acompañado de un chiquillo paliducho y encogido, de manos comidas por los granos, y que usa un gorro de lana hasta las orejas, sale por las mañanas, con el largo instrumento a la rastra, para regresar al atardecer.

Un viejecillo llamado José María afila cuchillos y tijeras a cambio de pan, platos de comida y cigarros. Es

un macho que hace tiempo perdió sus arrestos, de ojillos hundidos bajos las legañas.

--(En sus tiempos, fué un activo luchador social).

Carraspea y escupe al aire a cada rato. Pacientemente se sienta al sol, sin importarle lo mucho que quemara, y se entrega a su trabajo. Los chiquillos del conventillo le rodean para observarlo en su tarea, que realiza con la ayuda de un trozo de molejón. Mañanas enteras están los rapaces junto a él, y se codean cuando el viejo, cortando las hilachas y desgarrones de sus propios harapos, prueba los instrumentos que afila.

La «gringa pobre» también trabaja. Pinta letreros, de vez en vez, para los negocios del barrio. Sobre papeles y cartones ejecuta letras desproporcionadas y figuras de rotitos y carabineros, grotescos e indecentes. Mucho de lo que gana lo dedica a quemarse la garganta y las tripas con aguardiente. Cuando está borracha, se le despierta el sexo y coquetea con los vecinos, invitándolos al lecho, en presencia de sus propias mujeres, que la retan y la «putean». Raúl, su hijo, es un desvergonzado que zanganea todo el día y se nutre a expensas de los limosneros. Al atardecer, Raúl sale, y vuelve después de medianoche, zigzagueando y entonando obscenas canciones. Otras veces, convidado por los maricones, se encierra con ellos, y les gana algunos pesos.

La noche reúne en su covacha a casi toda esta gente derrotada y miserable. Encienden una fogata y calientan el agua para preparar la «choca». Mientras charlan, Coñopán toca la trutruca. Los tristes aires del instrumento sobrecogen el ánimo de los vecinos y ponen

tenso los nervios del conventillo. Las notas resbalan por el aire como lágrimas de impotencia de una raza que muere. El dolor del pueblo rechina los dientes. Por las venas de la angustia, la sangre se hace espesa. José María, el viejo afilador, hace memoria de Recabarren, de quien fué camarada en sus tiempos de lucha. Habla de la actuación del inmenso líder, en el norte. Habla con fervor de sus campañas. De su gesto. De su voz, que despertaba los anhelos dormidos en el pecho rudo de los trabajadores. De su palabra encendida, llena de antorchas reivindicadoras, florida de esperanzas y de cantos que hacían vibrar las cuerdas humanas en un humano deseo de echarse a correr al encuentro de la verdadera vida.

— ¡Qué hombre carajo!... — exclama el viejo con una voz que parece una áspera campana. — ¡Uno se sentía más hombre apretándole la mano, palabra!... Dicen que se quitó la vida; pues, yo diría que se la quitaron... ¡Con él, la Revolución perdió también mucho de vida.

Larga un escupo al aire.

La trutruca, soplada por el araucano, no cesa hablar con su angustiada voz que sólo el alma comprende:

— Tru, tru, tru... Tru, tru, tru...

Una hembra, preparando el café en un tarro ahumado, suspira:

— ¡Ay, Dios!...

Un tuerto le clava y hace girar su único ojo, con encono. Dice:

— ¡Qué Dios, carajo, qué Dios!... ¡¿Dónde está Dios, por la puta, dónde!?... Uno, luce lo que luce, se está

toda la vida fregando... ¡Los ricos tienen Dios porque tienen plata!...

—¡Que Dios lo perdone!...

—¡Je, je, je!...

—Tru, tru, tru... Tru. tru, tru...

La trutruca, en los labios de araucano, llora como una hembra sin macho. ¡Y parece que es la vida la que llorase por la sangre que sus venas pierden con la Revolución que se aleja!...

* * *

De vuelta a mi cuarto, al doblar una esquina, diviso a Inés acompañada del colorín. El mismo colorín de la fiesta del maestro Evaristo. El muchacho va muy junto a ella. conversándole entre risas y gesticulaciones.

Un tigre comienza a rugirme en el pecho. En la garganta se me hace un nudo. Entran juntos al conventillo. Me cuelo en mi cuarto. Me dan ganas de patear las mugres que hay en él. Tiro el cajón. Las ideas se me atropellan en la cabeza.

(¿Ves, hombre?, esto tenía que suceder. Ella te engaña. El colorín hasta se acostará con ella. Ah, ¡carajo!)

Me siento un hombre diminuto. Pero, al mismo tiempo me sé una inmensa bestia movida por los resortes del instinto. El hombre de las cavernas me tranquea por la sangre. Me meso los cabellos. Me muerdo. Me extravió entre un bosque de absurdas imágenes.

A una hora propicia salgo. Estoy dispuesto a preguntarle a Inés en qué sitio olvidó la honestidad, y a gritarle:

— ¡Putal ..

Espero. Cuando viene, la voluntad no busca un sitio blando para dejarse caer. No me atrevo a nada. Inés tiene un digno aspecto de obrera y no se le puede encontrar la menor traza de ramera. Comienza a pesarme la facilidad con que me dejé vencer por la imaginación.

Inés advierte mi nerviosidad. Y no me resisto a desnudarle mis sentimientos.

— ¡Tontino, ¿por qué pensaste así?... Mira, encontré a ese joven en la otra esquina; venía a visitar al maestro Evaristo y quiso acompañarme... ¿Qué iba a hacer?...

— ¡No me gusta que andes con nadie!... — digo tercamente.

— ¡No tienes por qué desconfiar de mí..., Pablo!... ¡He sido sincera contigo, me he dado a conocer entera a ti... ¡Tú sabes, Pablo!...

— ¡Inés!

— ¡Tengo derecho a que me comprendas, Pablo!... En mi caso, otra se disgustaría.

Le nacen dos lágrimas.

— ¡Inés!...

Se aprieta a mí.

— ¡Pablo, necesito que me comprendas!...

Me da los labios.

— ¡Qué tierna eres, mi pequeña!... ¡Créeme, me pesa haber pensado así!... ¡Me siento un miserable!... — digo.

En el fondo de mi ser, la duda me come, sin embargo.

—¡Tontino!...

—¡Mi pequeña! ..

—¡Me gusta tu voz, Pablo, cuando me dices así!...

Los labios se buscan. Yo no dudo. Respiro el aire de la noche con ansias de hombre o de montaña. Justamente esta tarde ha pasado la regadora municipal y un olor profundo a barbechos llovidos, una áspera fragancia a tierra preñada recorre la entraña del ambiente. Tengo la sensación de empezar recién a vivir. Siento la vida como una tonada grandiosa. Y repito:

—¡Mi pequeña!...—con mi espíritu y con mi sexo. Nos apretamos. Sus pupilas tienen una suavidad trémula.

—¡Inés!...

Sus pechos, oprimidos contra mi pecho, tiemblan. Su temblor y la palpitación toda de su cuerpo, me energizan. Un tropel de deseos se me echa a galopar por las venas.

—¡Inés!...

Nuestros cuerpos, por encima de las ropas, funden su calor.

—¡Ay, ay, no me apretes así!...

Sus gemidos y su ruego alientan mi instinto. Busco aún sus labios y los muerdo.

—¡No, no, Pablo, no seas malo, déjame, déjame!...

Se pone a toser con vehemencia. La suelto bruscamente. La tos le tortura el pecho y la garganta como una terrible garra felina. La confusión me arrasa el ánimo. Luego la acaricio dulcemente:

—¡Mi nena!...

—¡Eres malo!...— me reprocha, cuando puede hablar.

Siento que su reproche me entenece; la miro a los ojos.

—¡Perdóname!...

Ella reclina la cabeza en mi hombro. La tos le asalta de nuevo la garganta. ¡Tos canalla! Se aprieta la boca con un pañuelo. Y cuando el malestar acaba, sobre la blancura del pañuelo podemos ver bien la mancha: sangre.

No hablamos. Una mirada suya se me aduerme en los ojos. Acojo su mirada como acogería el llanto de una estrella en las pupilas. La noche canta. Y me parece que nos estamos yendo lentamente, como un grito que se muriera.

X

Hoy el conventillo está de duelo. Alguien ha muerto. Ese alguien fué el maestro Mercedes. Hombre buenazo era el maestro Mercedes. Muy amigo, eso sí, por desgracia, del «trago». Era un zapatero sexagenario. Chico y rubicundo. Su rostro, no obstante la vejez, trascendía no sé qué aire de juventud. Tenía una nariz chata y redonda que daba ganas de apretar como un timbre. Alguien le dijo un día: «nariz de ombligo», y desde entonces los chiquillos se dieron a llamarle: «taita nariz de ombligo». Sobre su nariz cabalgaban unos lentes tan viejos como él, de cristales empañados, tras los cuales los ojos vivaces y joviales tenían una mirada que era la expresión vital de su carácter. Nunca nadie vió enojado al buenazo del maestro Mercedes. Los días sábado, al anochecer, lo esperaban los chiquillos del conventillo en el portón mismo para recoger, cuando llegara, los «cincos» y «dieces» que él les tiraba «a la chuña». Entonces, el viejo, sin excepción alguna, venía borracho, no «picado», como los demás días. Balanceándose, arqueadas las piernas, largaba sus carcajadas ebrias ante la chiquillería hecha ovillo en el pasadizo, tratando de coger las monedas caídas. Se metía las manos rugosas en los bolsillos del harapiento y lustroso paletó, y reía a gran boca. Los bigotes le temblaban, y entre los labios podían advertirse las encías descoloridas, de cuya orfandad la

liberaban apenas unos cuantos raigones mohosos. Una vez que los chiquillos se levantaban, enterrados y desgredados, el maestro Mercedes se ponía serio. De un sólo vistazo se daba cuenta de quiénes habían quedado sin coger. Más de algún pequeño lloraba. Entonces el viejo se hurgaba los bolsillos, sacaba otras monedas y las repartía a aquéllos. Después, cuando todas las caras infantiles, rodeándolo, estaban llenas de risa, él se ponía a carcajear de nuevo con una satisfacción gigante de borracho, sacándose el sombrero, en cuyo interior traía dulces y golosinas. Se echaba al suelo, afirmaba la espalda contra la pared, estiraba las piernas, dejando a la vista las cañas de los calcetines, que, recogidas, mostraban la velluda desnudez de las canillas, y se daba a repartir las golosinas que traía. Los chiquillos se sentaban junto a él y comenzaban a chuparlas con fruición, haciendo ruido de beso al paladear. Y el buen viejo, moviendo la cabeza y exhibiendo la desgredada blancura de sus canas, reía. Más tarde, con voz estropajosa, se largaba a relatar un cuento, poniendo en juego toda la acción de sus manos y de su rostro. Los chiquillos, chupando los dulces, le oían embelesados.

—Esteras y esteras, pa sembrar peras... Esteras, y esteritas pa sembrar peritas... Esteras y esterones, pa sembrar orejones... Gueno... Gueno...—carraspeaba, como pujando, y su voz paría el cuento, de a poco.

Los chiquillos celebraban a más no poder. Algunas veces, dejando inconcluso el cuento, se quedaba dormido ahí mismo y dos vecinos tenían que arrastrarlo a su cuarto. En otras, se levantaba, daba a los mocosos los últimos

caramelos, y bamboleándose, se iba conventillo adentro, se metía en una de las casetas de los excusados, y, sentado sobre la «taza», con los pantalones abajo, se estaba horas enteras, tañendo sobre las tablas y cantando versos revueltos:

«No me tires al ala, carabinero,
porque soy avecilla de primer vuelo»...

«Señores, les contaré
cómo enamoran los guasos:
se suben a una lomita
y tiran un peñascazo»...

«Del cuesco de una cirguëla
hice un barco y me embarqué!...

En muchas ocasiones se acordaba de su mujer muerta y lloraba como un niño, compadeciéndose a sí mismo:

—¡Pobre Mercedes!... ¡Pobre Mercedes!...

Hasta que se dormía y había que llevarlo a su cuarto.

Bueno... Eso era cuando vivía el maestro Mercedes. Ahora está muerto. Y todos están tristes. Algunos chiquillos lloran sin saber por qué. Ah!, encima de la mesa, de espaldas, tieso, está el buen viejo, dormido serenamente. Fué un ataque al corazón el que se lo llevó. Sólo en la tarde, una vecina que se coló a su pieza se dió cuenta de su muerte. Los habitantes del conventillo han desfilado todos ante su cadáver. La luz de las velas le lame el rostro, tiñéndoselo de amarillo. Sobre el

velador, yacen sus anteojos. Ya nunca más montarán sobre la nariz redonda y chata del buenazo del maestro Mercedes.

En la noche, el cuarto se llena de gente. Y el viejo, sereno, parece que sonriera, acariciado por el suave rumor del rosario que rezan las mujeres.

* * *

De madrugada, cuando todavía, al mirar hacia arriba, muchas estrellas buscan cobija en nuestras pupilas y los gallos ensayan sus claras agujas a través de las distancias, sale el cortejo llevándose al maestro Mercedes.

Calle arriba. Bajo la lividez de las primeras luces del día, larga el cortejo. Los pasos producen un rumor que es como el rumor quedo de la tristeza. Van hombres y mujeres: los de adelante llevan el ataúd; los de atrás, flores marchitas y algunas coronas de papel.

La madrugada es como una inmensa flor que se abriera. Como el símbolo de una nueva vida que viniera al encuentro de los hombres. Y allá, bajo sus pétalos mojados por el rocío de las últimas estrellas, bajo la sinfonía discorde de los gallos ciudadanos, se va el maestro Mercedes

¡Adiós, buen viejo; hasta la vista!

* * *

La gente continúa hablando. Sin embargo, desentendiéndonos de las habladoras, nos dejamos llevar por nuestros sentimientos.

La noche nos encuentra en una esquina cualquiera. Mis manos emprenden la aventura de coger sus pechos, por encima de las ropas. Pechos de suave dureza, en los que la vida corre presurosa, como al encuentro de un proletario del futuro.

—¡No, no, déjame, por favor!...

Nuestros alientos se abrazan. Yo insisto. Y mordiéndola, dejo trotar mis instintos sordos y ciegos a cualquiera sensación ajena. (¡Ah, Inés, hembra mía!).

—¡Por favor, por favor, Pablo, suéltame, déjame, ¿quieres?!...

Un borracho que pasa, carcajea:

—¡Eso es de hombre!...

La abandono. Unos ímpetus salvajes me empujan hacia aquel estúpido. Quisiera golpearlo. Hacerlo pedazos. Intento correr tras él. Inés, sollozante, me lo impide:

—¡No, no, déjalo! ..

Me reprimo. Ella suspira.

—¡Te pones malo, Pablo! ¿No comprendes que esto me hace mal?

Bajo la cabeza. Me muerdo. Crispo los puños. En mi sangre, en mis huesos, hasta en las vértebras mismas de mi espíritu se retuerce una energía que precisa consumirse.

—¡Inés, perdóname; no puedo dominarme! ¡Créeme, no sé lo que hago!...

—¡Sí, te comprendo! Pero es necesario evitar esto. Debemos separarnos. No es posible seguir así ..

—¡No puede ser!...

—¡Sí, puede ser: basta que lo queramos!.. Esto es demasiado para mí .. Tú sabes adónde llegaríamos... Y no es posible... Tú sabes que no estoy bien... Pero, no creas que te condeno...

—¡Si me condenaras, tendrías razón!

—¡No, Pablo, yo encuentro tan humano esto! Pero, me hace mal. No debemos atormentarnos; es necesario que nos separemos...

—¿Y estarías conforme con la separación?...

—¡Conforme! ¡No debías preguntármelo! Creo que es necesario, simplemente...

—¡Tienes razón!

Tomo sus manos y las besó.

—¡Inés, qué mujer eres!

Ella tose. Nuestras pupilas se clavan en el desgarrado de sangre. La amargura me araña adentro. ¡Me largaría a llorar, lo mismo que un perro sin amo!

—¡Nena! ..

—¡Tú ves que es necesario!... ¡Tú sabes, Pablo!... ¡Adiós!...

La beso una vez más en las manos, sobre la suavidad callosa de sus palmas trabajadoras.

—¡Hasta luego!...

Me quedo como un muerto bajo la noche inquieta y pestañeante. No sé por qué, pienso con dolor en las ramerías del suburbio.

XI

La noche echa sus aldabas. Las nueve. Suena la campana de la iglesia anunciando la salida de la novena.
Las diez.

Al conventillo entran borrachos y hombres oscuros, confundidos con la noche. Inclinas sobre sendas artesas, a la luz parpadeante de las velas, dos vecinas lavan. Las manos encarrujadas por el agua y el desmanche se activan refregando las piezas de ropa. La lavaza espuma. Resaltan en una camisa de seda dos finas iniciales. La luz de las velas matiza el rostro de las mujeres, destacando en punta los pómulos y la nariz. Carnes enjutas. Pupilas tristes. Crenchas doblegadas sobre la frente. Labios apergaminados.

En las cocinas cercanas crepitan los leños. Un humo espeso se esparce por el aire. Entran borrachos canturreando o hablándose a sí mismo. Al fondo se oye vociferar a la Gringa Pobre que, sin duda, ha bebido más de la cuenta.

Una de las mujeres suspira, alisándose los pelos flojos. Coge un «pañó higiénico» de un montón que tiene al borde de la artesa, y se pone a desangrarlo.

—¿Muy cansada, vecina?—pregunta la otra.

—¡Sí, algo! Le he «pegado» todo el día. Menos mal que esto es lo último.

—Por suerte a mí no me salió mucha ropa.

—¡Una suerte, vecinita! A mí me ha «ligado» este último tiempo...

—Así lo he visto. ¿Y le han arreglado algo siquiera?

—¡Que esperanza! ¡Ni medio! Cuando le pregunté a la patrona si me podía pagar un poco más por el aumento de la ropa, me dijo que tenía otra mujer que podía lavarle por lo mismo. ¡El pau obliga, vecinal! ¡Tuve que resignarme! ¡¿Qué se v'hacer?!

—¡De veras!... A mí me pasaría lo mismo...

—Y todavía m'echan más ropa esta semana. Y apurada, de «llapa»... Los patrones se van pasado mañana a Viña.

—A gastar plata.

—¿A qué van a ir, sino a gastar demás?

—Algo d'eso que gastan debían regalarlos a nosotras.

—¡Más que a ellos los serviría Pero, ¡cualquier día, vecina! Pa'regalo, los pobres tenemos bastante con las ropas que ellos ya no usan. ¡Ellos no saben na' de esto! No se friegan como los pobres... La vida es de rosa pa'ellos.

—De veras...

—Estará de Dios que ellos gocen y los pobres los jodamos.

Se encoge de hombros. Y sus labios tienen un gesto resignado.

En el cuarto, que queda a su espalda, se oye un golpe seco y el llanto desconsolado de una guagua. La mujer corre al interior, seguida de su compañera. La-

mentaciones. Dulces palabras de consuelo. Zalamerías Pasan los minutos. Algunos versos de una canción de cuna. La guagua calla.

Las dos mujeres vuelven.

—Ni a los chiquillos se puede atender como es debido por este maldito lavao. Cualquier día se me le mata.

Hunde sus manos en la lavaza. Las lágrimas, aflo- rando en sus pestañas, reflejan, en miniatura, la llama nerviosa de la vela.

—¡Cada día más esclavizá una!—continúa—. ¡Y ni esperanza de dejar de lavar! El hombre se friega trabajando y si una no lo ayuda, el hambre los come. ¡No sé qué hacer, Dios mío!

—¡Aguantar no más, vecina!— P'aguantar nacimos los pobres.

—¡Sí, claro, aguantar, Señor, mientras otros botan a manos llenas la plata!

—¡La vida es así, vecinita! ¡Hay que ponerle el hombro! Pa' sufrir caímos en este mundo.

—¿Y pa' qué sirve la vida así? Los que se matan tienen razón

—¡Por Dios, no diga esas cosas, vecina!

—¡Y todavía llenándose cada vez más de chiquillos una! ¡Parece que Jacinto ya me plantó «otro»! Este mes no me llegó la «cuestión»..

—¿Por qué no lo aborta, vecina?...

—¿Abortar?... ¿Matarlo?... ¡Ni me lo diga! .. ¡Cómo si yo no hubiera visto al guagüito que botó mi comadre Zulema! ¡Chiquitito, una mano de sangre apenas, se movía como un grandel! ¡Daban deseos de llorar, vecina, por Diosito! ¡Casi me atacué!

—La suerte que yo no tendré más chiquillos... ¡No sería capaz tampoco de botarlos! ¡Es un crimen! ¡Qué culpa tienen los pobrecitos! ¡Una suerte que me hayan sacado los ovarios!...

—¿Encuentra suerte eso, vecina? Después de todo, los chiquillos son una alegría pa'una... ¡Si la vida fuera fácil, yo me sentiría feliz de parir hartos chiquillos!... Pero, así como va la vida, hasta pesa parir. ¡La vida la endurece a una!...

—Víctor dice que sólo la Revolución hará linda la vida del pobre.

—¡Tanto que se habla de «eso»!... Yo ni sé lo que sea...

—La Revolución quiere decir mejor vida pa'l pobre... Trabajo bien pagado... Buenas casas... ¡Es necesario hacer algo por la Revolución, vecina ...

—¿Eso es? .. Pch... Desde que tengo uso de razón que la gente pobre espera una mejor vida... Y nada, nada...

—¡La Revolución se hace de a poco!... Mi compañero es uno de los que trabaja por ella... Lee, estudia por la Revolución en todos sus ratos desocupados... Lucha por el bienestar de los trabajadores... Así sin piernas como usted lo ve... A veces se amanece leyen-

do..., cuando no en reuniones y conferencias, por ahí, con los compañeros...

—¡Ojalá estemos viva pa' cuando llegue el bienestar!...

—¡Hay que tener confianza y fe, vecinita!... Ya llegará el día; mientras tanto, poniéndole el hombro a la vida, las mujeres ayudamos a la Revolución... ¡Paciencia!...

El camarada Alonso hace su aparición. Viene silvando La Internacional. Trae un monton de revistas.

—¿Qué hay, mujer?... Todavía lavando. ¿eh?...

—¡Ya lo ves, todavía!

—¿Terminas luego?

—Ya no más... Me queda que enjuagar estos trapos solamente.

—¡Ah!... ¿Hay algo qué comer?

—En la cocina hay charquicán y café...

Alonso entra al cuarto. Vuelve con una cuchara en la mano. En la cocina se le oye comer. La cuchara suena contra la olla. La mujer, entregada al lavado, tiene miradas furtivas para el hombre, cuya chata figura se destaca levemente en la cocina, a la luz del fuego.

—¡Da gusto su marido, vecina Yolanda! ..—exclama su compañera... ¡Tan llano, tan sin exigencias que es!...

—¡Siempre ha sido así! —dice la otra con orgullo— ¡Simple como usted lo ve!... ¡Cómo que es revolucionario! ..

Una vez más sus pupilas se encaminan al interior de la cocina, donde el hombre raspa la olla. Sus ojos brillan a la luz de la vela, exaltados por una pura y vigorosa ternura de hembra.

— ¡Todos los hombres debían de ser así!...

— ¡Y si usted lo viera, vecinita; si usted lo viera cuando le habla a los compañeros!... Se agranda... ¡Con qué calor y fuerza habla!...

— ¡Muy fregá será la vida; pero se debe vivir contenta con un hombre así!... ¡Por eso usted tiene confianza y fel!...

— ¡Ah, mi Víctor es un hombre puro!... ¡La Revolución necesita de hombres como él!...

* * *

Han acontecido tres largos días. Tres largos días como el tormento que me agarrota. ¿Es que la tranquilidad no es digna de los hombres? ¿Es que uno está condenado a vivir crucificado de inquietudes? Como enormes, perros famélicos que aullasen a una noche eterna y trágica, se han echado sobre mis sentimientos las horas de estos días. Y yo, simple y pobre hombre, como si aullase a mi propio tormento o a mi propio fantasma, heme aquí a la borda de mi conciencia, vacilando bajo los fustasos de la pesadumbre.

(¿No comprendías que era necesario reprimirte? ¡Aún te queda mucho que aprender, pobre niño! Ja, ja. ¡Cualquiera diría que la vida no te ha enseñado su silabario! ¡Mira, Pablo, camarada, acuérdate que la vida no volverá a enseñarte su silabario!.)

Me muerdo. Me meso los cabellos.

Salgo a la calle. Aliento la esperanza de avistar a Inés. Una fetidez de guano en fermento me hiere las na-

rices. En el portón del conventillo algunos hombres charlan. Me topo con Arturo Robles.

—¡Salud, compañero!...

—¡Salud!...

—¿Qué hay?.. Lo noto inquieto...

—¡Qué ha de haber sino lo que desde hacía tiempo esperaba!... Me tienen metido en un enredo político.

—¡Cómo así!...

—Ya verá... Pancho Barraza, un camarada del Partido Comunista, organizó una huelga, creo que en el gremio de zapateros, para hacer eco a la huelga de los ferroviarios. Y como yo fui militante y soy amigo suyo, me tienen echado el ojo y creen que también ando metido en el asunto. ¡Perros del diablo! Hoy en la mañana me hizo avisar Barraza. El ya está detenido. De repente me llevan. Hombre, perdone que le encargue a mi madre. No está demás que le haga este encargo, por si acaso.

Robles habla con una nerviosidad insólita.

—Lo siento, camarada...—le digo sinceramente—. ¡Pierda cuidado, yo me avendré con su madre, si algo ocurre!...

Adentro, me arde un encono puntiagudo.

—Gracias, compañero... Aparte de González, sólo en usted confío... Pero, con González no puedo contar, porque parece que también la huelga tranviaria es inevitable... El estará atareado... La situación se está tornando turbia...

—Recuerdo que algo oí esta tarde...

—¡Cualquiera cosa que ocurra en este sentido, compañero, es lógica!... La ceguera y el egoísmo burgués

tienen la culpa y son los responsables... El poco espíritu humano de la clase privilegiada alienta hacia un movimiento revolucionario en grande... Las huelgas de carácter general como la que empieza, son el preámbulo...

—¡Pero, compañero, no hay derecho a que se persiga a presuntos cabecillas sin estar ciertos de su intervención!...

—¡Las cosas se estilan así, aquí! ¡Es lástima que la justicia, llena cada vez de mayores aberraciones no se preocupe de esto! La verdad es que la justicia se desvía cada vez más de su verdadero cauce. ¿Y no es esto para animarlo a uno?... La causa del pueblo nos llama, y sí, por diversas consideraciones, uno desoye el llamado, son las mismas «autoridades» las que nos estimulan a obedecer al grito que alienta en uno. ¡En este caso, es la rebelión del hombre la que simboliza la **justicia!** ¡Y el día llegará en que ni prejuicios ni sentimentalismos se interpongan a la fuerza de esta rebelión que es la **verdadera justicia!** ¡Ah, camarada, si no fuera por mi madre!...

Adentro, algo me sollama como el resquemor de antiquísimas cóleras. De improviso, pienso en Inés. La conciencia me clavetea. Luego, pienso en la madre de Robles.

—¡Bueno, compañero, hasta la vista!... ¡No olvide a mi madre, por si acaso!...

Me quedo devanando un tumulto de pensamientos divergentes. Inés me inquieta de sobremanera. Echo a andar, inconscientemente.

La noche, a horcajadas sobre el suburbio, es como una hembra impaciente a la espera del macho. Las es-

trellas vivaces sonrían al barrio proletario. Me sorprende caminando. Me 'dejo llevar por mis piernas hacia cualquiera parte. Mis pasos resuenan en el empedrado de la vereda. Las ampolletas distantes dan una lección de luz a las sombras.

* * *

Vuelto a mi cuarto, enciendo luz y me siento al borde del lecho. Tomo de encima del velador tres libros que Robles me facilitara días atrás. Leo los nombres de sus autores: Huxley, Lawrence, Baldomero Lillo. Me decido por el primero: «Contrapunto». Trato de entender lo que leo: un hombre se despidе de su mujer. Pero, sobre la lectura misma, vive Inés. En realidad, pienso, quizá fué mejor que todo terminara. Tiro el libro al acaso sobre el lecho. Me recuesto. Una mariposa revolotea alrededor de la vela. De repente, cae aleteando. En la palmatoria se empeña, desesperada e inútilmente, por emprender de nuevo el vuelo. Luego, deja de aletear: ha muerto. ¡Inés no está bien! Hay mariposas que no se quemан nunca las alas. Sí, claro. Me sorprende diciendo:

—Sí, sí, sí...— en voz alta.

En las cuecas, medito, repiten muchas veces el «sí». Ja, ja. Un ratón roe sin descanso en un rincón. Sí, es cierto, hay muchas mariposas que no alcanzan a quemarse las alas. Mañana empezaré a leer el «Contrapunto» de Huxley. No está lejano el día en que reviente «una grande». Y será lógico. Han pasado tres días. No he visto a Inés. Las manos de mi imaginación acarician sus tibias carnes.

Pego mis miradas en la pared. Me empeño en leer algunos de los títulos de las noticias impresas en las hojas que empapan la cabecera de mi lecho. Se me hace difícil, dada la posición en que me encuentro. «Noticias políticas». «Crónica roja». «Un hombre que muere apuñalado por su propio hermano».

Deletreo buen rato. Miro un dibujo que representa un pie alado. Cerca, hay un grupo de chiquillos alrededor de una tina de baño. Más allá, una mujer semi desnuda, mostrando los pechos redondos y erguidos. ¡Ah, morder esas tetas! ¡Inés, por qué no estás conmigo! ¡Ah, pero si estás aquí! ¡Maravillosa mujer! ¡No llores! ¡Acuéstate aquí, junto a mí! ¡Déjame tocarte! ¡Pero, no llores! ¡No seas tonta! ¡Acuéstate! ¡Sí, aquí, aquí...!)

¡Diablo de imaginación y de deseo! El instinto me ruge, desgarrándome las venas. Me siento en la cama. Me muerdo. ¡Eh, caramba! Los ojos me arden. Las sienes me palpitan. Los dientes me rechinan. Los nervios se me contraen. Las venas me serpentean. Siento un hambre salvaje de mujer. ¡Ah, morder unos labios carnosos, palpar, apretar un cuerpo de hembra caliente!

En el tabique del frente, la luz vacilante de la vela recorta mi sombra. Los cabellos desgreñados me dan un aspecto salvaje. Me levanto. Mi sombra se yergue también, simultáneamente, y se quiebra de la cintura en el borde terminal del tabique. Al lado, mis vecinos recién se acuestan. Los chiquillos roncan ya. Don Alonso se asegura de sí, en realidad, los chicos duermen, llamando a los mayores por sus nombres.

Me impaciento. Tomo el libro nuevamente. Trato de leer. No entiendo nada.

—Grac... Crac... Crac...

El somier de mis vecinos se da a crugir. Los cuerpos se revuelcan. Cuchicheos. Gemidos. Chasquido de carne golpeada.

Me quedo mirando cabrillejar las letras del libro. Se me ocurre que, de improviso, cobran vida. Las veo danzar como mujeres desnudas, que provocan, abriendo y cerrando los muslos. ¡Ah, bellas e incitantes mujeres danzando al ritmo caliente de mi sangre!

Desde el interior del conventillo, me llega una voz tibia:

«Aunque te quiebres la vida,
aunque te muerda el dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor»...

¡Diablo de mujer! ¿Por qué canta? ¡Cretina! Mi cerebro se obstina en repetir los versos: «no esperes nunca una ayuda»...

Apago la luz y me tiendo de nuevo en el lecho. Los pensamientos me giran en el cerebro igual que remolinos de fuego. Un dolor molesto, majadero, me manosea la nuca.

«Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres que vos apretás»...

¡Diablo de mujer! El tiempo tranquea. El somier de mis vecinos ya no cruge. Al borde de la lejanía, co-

rre un tren, como un recuerdo lejano y triste, atormentando la noche de alaridos. Por el horizonte de mis párpados huye una jauría de mujeres con los vientres despedazados.

No puedo más. Salgo. La pequeña Rebeca no ha traído a nadie esta noche a su cuarto, Y me recibe con su habitual y triste alegría abierta en el rostro en forma de sonrisa, que es dulce y tersa a fuerza de orfandad.

—¡Al fin vienes, chiquillo!...

Atraca la puerta y se desnuda. Su nene es una pequeña y morena porción de vida que respira quedamente en el mismo miserable lecho en que nos acostamos.

XII

Las siete y media. La mañana se llena de gritos de fábricas.

Me estoy levantando, cuando golpean a mi puerta. Son dos recios golpes sin piedad para la madera carcomida. Abro. Y me encuentro con un rostro flaco, de bigotes, de ojos mongólicos. Es el rostro de un agente. Detrás suyo hay dos carabineros chatos y fornidos.

—Andamos buscando a un tal Arturo Robles. Sabemos que por estos lados vive...

Al hablar, le brilla un diente de oro. Ni siquiera ha saludado. Esto no me importa. Pero, su brusca manera de inquirir medio me irrita; medio me desconcierta. Una mujer rechoncha y harapienta que pasa curioseando, salta precipitadamente, antes de que yo le conteste:

—¡Sí, sí, mi caballero. Robles vive en la pieza nueve!

—Bien...

El agente echa a caminar hacia adentro. Los carabineros le siguen como dos perros falderos. Tras ellos, riendo satisfechísima, entra la mujer, seguramente con la intención de presenciar el fin que tendrá ésto que tan oportunamente le ha dado ocasión para intervenir. Yo, en cambio, deseando darle satisfacción a mi rabia, le miro las nalgas fofas a la mujer, y pienso en lo bien que le sentarían ahí unas cuantas patadas, por bruta. ¡Qué tendría que meterse

ella! Luego, pienso que de todos modos habrían ubicado a Robles. ¡Y disculpo a la mujer!

Apuro en vestirme. El conventillo todo se ha impuesto en un segundo del hecho. Algunas hembras asoman las cabezas desgredñadas por las puertas. Instantes más, y Robles sale, amarrado por ambas muñecas, como el más temible de los delinquentes, seguido por una turba cuchicheante de mujeres chasconas y a medio vestir, que arrastran sobre el empedrado los zapatos agonizantes. Vienen también chiquillos desarrapados y quiltros flacos y tiñosos. Un perro motudo se atreve a ladrarle a uno de los pacos; y tiene que huír, aullando, al feroz golpe de su bota.

Robles camina cabizbajo. Algunas mechas se le caen sobre la frente. Al pasar junto a mi puerta, se esfuerza por sonreír.

—¡Salud, camarada; le encargo a mi madre!

Sus ojos se enturbian de impotencia y de rabia. El agente reprime una sonrisa irónica. Los pacos van muy seriotos. Sólo yo comprendo los sentimientos que Robles esconde. No atino a pensar en nada. Las ideas se me pasman en el cerebro. ¡Ah, carajo, las cosas que ocurren!

El grupo sale conventillo afuera. Las mujeres se quedan en el portón. Los chiquillos siguen. Y una porción de perros echa tras ellos. Otros se quedan junto a las amas, dándose vuelta y oliéndose los trastes. Alguno monta y se menea sobre el compañero.

Antes de irme al trabajo, voy a alentar a la madre de Robles, La buena señora está apenadísima. Sin embar-

go, no sin esfuerzo, reprime su dolor. Sus ojos están humedecidos y las manos le tiemblan. Su rostro tiene el color desteñido de la cera.

—¡No debían habérselo llevado!...—exclama con amargura—. ¡No, Pablo, no; él no se metía en nada ya, en nada!...

—¡No se preocupe, señora; saldrá luego!...¡No tiene por qué temer!... Ya se comprobará todo...—le digo con la intención de consolarla.

—¡Pero, que no salga pronto es lo de menos!...—añade—. Lo peor es que la manera cómo se ha procedido con él, lo rebelará de nuevo. ¡Y pensar que me ha costado tanto disuadirlo de sus propósitos revolucionarios! ¡Yo, de verdad, estoy de acuerdo con la nobleza de esos propósitos; pero, me desespera el perjuicio que acarrearán a todos los que los sostienen!... ¡Hay injusticia!... ¡Yo he sufrido tanto por esto!...

Se pasa la diestra por los ojos, incapaces de contener ya las lágrimas. Solloza como una pequeña. Desde un marco, su esposo, muerto hace ya muchos años, la observa, erguido dentro de un pulcro uniforme militar; y sus pupilas parece que se enternecieran. Yo me siento inclinado a acercarme a la señora Leonor y besar sus ojos llenos de lágrimas.

* * *

Pasan dos días. La huelga general cobra cuerpo. Y poco a poco, todos los gremios obreros se van plegando a ella. Los ánimos se alteran. Las calles se ven concurridas por hombres que discuten y se agitan. Pi-

quetes de lanceros y carabineros recorren las calles. Banderolas chilenas sonríen en el extremo de las lanzas. Por la Alameda, los representantes de la autoridad actúan, dispersando a los grupos que se congregan. Hay imprecaciones en contra de la «justicia». Los pacos y milicos se enardecen y hacen pechar los caballos. Caen uno, dos, tres hombres. Por allá, una serie de disparos hiende el aire.

—Pum... Pum... Pum...

Sombras de hombres que se derrumban. Harapos ensangrentados. Tierra que chupa la vida de los proletarios caídos en la sangre que los cuerpos fluyen.

Sobre la ciudad se cierne un viento de inquietud. Se desparrama un hálito de rebelión. El ambiente metropolitano se conmueve. Se agita. Tiembla poseído por una fuerza avasalladora que corre por las calles como por gruesas arterias. El tiempo pone en juego sus recios músculos. Las horas se alucinan en la esperanza del triunfo.

Sin embargo, no obstante el carácter general de la huelga, algunos tranvías hacen su recorrido como de costumbre, dirigidos por obreros desleales que nunca faltan. Muchos son manejados por «serruchos»; y en todos pueden verse, sobre las plataformas, piquetes de soldados, armados de carabinas. Por allá, lejos, una fábrica silba. Y no pocos son los traidores que acuden y se dan al trabajo.

Los nacistas criollos explotan la huelga a su modo. Voceando, lanzando improperios, provocando, se desparraman por las calles. Se arman rellertas. Palos. Peñas-

cazos. Disparos. Balance: uno, dos muertos. Varios heridos. Y los provocadores que se escurren como sabandijas.

Carlos González, igual que Robles, ha sido detenido por la actuación que le ha cabido en la seria actitud asumida por el gremio de tranviarios. Lo tomaron ayer, junto con otros dirigentes, al salir del local del Sindicato. A raíz de la detención de Barraza, Robles, González y otros dirigentes obreros, los «diarios de orden» han proporcionado al público noticias de éstas que sólo ellos acostumbran dar. A grandes caracteres pueden leerse los títulos: «Disociadores de reconocida actuación se ha logrado detener». «A pura la necesidad de que las autoridades tomen medidas contra estos individuos indeseables». «El «peligro rojo» se cierne sobre la República; es necesario que el gobierno tome medidas tendientes a detenerlo». Sólo dos periódicos de izquierda abogan por los hombres detenidos y claman por las libertades democráticas.

Yo, que conozco a Robles y a González, me muerdo de rabia e impotencia ante la «moral» de ciertos diarios, y celebro la viril actitud de los órganos opositores de publicidad.

* * *

La Huelga sigue su curso. Sin embargo, los gremios están imposibilitados para congregarse y tomar acuerdos, dado que las autoridades impiden cualquiera reunión. De esta manera, en general, los ánimos van declinando. Los diarios falderos, en tanto, se aprovechan

de la manera de proceder de las autoridades y hacen su «labor», tergiversando las cosas y dando a la realidad interpretaciones que van en desmedro del movimiento; acusan de desleales a los dirigentes proletarios y, después de una serie de consideraciones, invitan al trabajo a los obreros. Los patronos, mientras esto ocurre, invariablemente, siguen bebiéndose sus cotidianos e imprescindibles aperitivos, se llenan el estómago y se palpan el vientre con satisfacción, inflexibles en su indolencia de quienes, respaldados por las autoridades, tienen la seguridad de vencer.

Los pliegos de peticiones no se consideran. Y entre el deslizarse de los acontecimientos, el hambre baila ya en el interior de los cuartos conventilleros, unas lujuriosas cuecas. ¡Échale, mi alma! Y el tiempo tranquea. Mientras la esperanza se retuerce. Se crispa. Se agota.

Después, pasados unos cuantos días, los obreros postran sus residuos de ánimo. Y ya los tenemos una mañana camino del taller. De la fábrica. De la obra. Igual. Lo mismo. Sin haber conquistado nada. Sin haber obtenido nada, después de más de una semana de pára, aparte del hambre que agarró a la familia decididamente.

Y así, camino de la faena, los hombres oscuros son los mismos de siempre. Cansinos. Taciturnos. Bajo las apariencias, sin embargo, en el fondo de ser, en el vértice del sentimiento, la carcoma del odio gana un tramo más. Y desde el alma gris de la miseria, no obstante, la vida viene avanzando al ritmo del más grandioso himno cósmico. Bajo el desaliento, los sentidos del hombre se preparan para gozar del mañana maravilloso. Las guitarras del mundo purifican sus venas para ser más claras, entonces...

XIII

Esta mañana, al salir, encuentro a Inés.

—¡Buenos días!...

Su voz transparente y dulce, tiembla. Sus ojos tienen un brillo en el que se manifiesta la más profunda de las emociones.

—¡Buenos días, Inesita!...

La miro detenidamente. Ella baja los párpados. Pasa. Cojo la visión de su cuello moreno bajo las trenzas enrolladas. Su cuerpo. Su paso. Sus faldas, plegándose a los muslos firmes. Me estremezco de una sensación extraña.

Una vez en la calle, la alcanzo.

—¡Inés!...

Abandona su mano al calor de mi mano. No decimos nada. Caminamos en silencio, el espíritu recogido bajo la cobija cordial de la emoción. El camarada sol, sobre la calle, se despereza.

Cuando hemos de separarnos, ella alza los ojos. Los tiene húmedos.

—¡Inés, no es posible seguir así: veámonos...— digo.

Me acaricia con las pupilas tibias.

—¡Sí, Pablo, veámonos!...— exclama ella con voz anhelante,

La garganta le palpita.

—¿Cuándo?... ¿Esta noche?...

—¡Sí, espérame esta noche!...—responde sosteniendo el aliento.

Nuestras manos son como dos almas o como dos sexos en comunión.

La veo irse. De allá, caminando, vuelve la cabeza. Recibo como una canción la sonrisa que me ofrenda. Más adelante, la tos la coge. Se detiene. Se oye el sirenazo de una fábrica. Son las siete y media. Yo, no sé por qué asociación satírica de ideas, pienso en un amo que llama a sus perros, que han arrancado adelante. Ella echa a andar de nuevo. Áprieta el paso. Va atrasada.

* *
* *
* *

Todo sigue como antes.

Esta noche viene llorosa. Inquiero. Me habla, zolozando:

—¡Mis hermanas, Pablo!... ¡No sé qué hacer!... ¡No sabes cuánto me costo salir ahora!... Mi padre las ayuda a molestarte... Anoche me quiso pegar... Venía borracho y me amenazó... Dijo que me vigilaría...

Mis dedos se crisan.

—¡Si me fuera posible sacarte de tu casa!...

—¡No pienses en eso!... Bien sabes que no es posible por el momento... Además, creo que nada remediaríamos. ¡Créeme, me siento mal!...

—¡Ah, Inés, si yo pudiera!...

—¡No sé, Pablo, tengo presentimientos terribles!... Por las noches no duermo... ¡Imagino tantas cosas ra-

ras!... ¡Es terrible!... ¡Perdona que te diga todo esto!...

—¡Te comprendo, nena!...

—¡Tú eres lo único que tengo, Pablo; necesito comunicarme!..

—¡Dímelo todo!.

—¡No puedo explicarte!... ¡Pero, créen e, no tengo miedo, no, no; más bien pena, Pablo!...

Se aprieta a mí. Sus palabras me desgarran el sentimiento. Algo trágico parece que se me hubiera descolgado hasta el alma. Luego, una ternura infinita me da una sensación de alivio y de contento.

—¡Cómo te comprendo, mi pequeña!... ¡Trata de desviar esos pensamientos!... Tú estarás bien, ligerito... Verás un médico particular... El Seguro no atiende bien... ¡No te dejes estar; yo te ayudaré de alguna manera!...

—¡No, Pablo, gracias, no te lo permitiría!... ¡Pero sí, sí, claro que me pondré buena!...

Se empeña por sonreír. La beso en los ojos.

—¡Eso es, nenita, debes ponerte buena!... ¡Es necesario!...

Sonríe, dulce y vagamente. Tose. Se aprieta a mí. La acaricio. Ella se deja.

Doy con sus pechos. El deseo comienza a morderme. Los pechos le tiemblan. Su palpitación, entre mis manos, es como si azotara el potro de mi instinto. Se los aprieto. Ella se deja. La sangre me arde. La abrazo. Ella se deja. Su cuerpo, entre mis brazos, se retuerce de anhelos. La beso en la boca. En el cuello. En

los pequeños lóbulos de las orejas. El instinto me domina poniendo rígidas cada una de mis células. Ella gime.

—¡Inés!...

No habla. Gime apenas. Su gemido es como una mano que pulsara mis nervios. Mis dedos temblorosos recorren su cuerpo, apretando las carnes. Mis labios arden sobre sus labios. ¡Le rasgaría las ropas!

—¡Inés!...

No soy yo el que habla. Es el instinto. El llamado del macho. La voz impetuosa del sexo. El grito del sexo. El clamor del sexo. El aullido del sexo, Más aún: el alarido ascencial del universo, emergiendo en un hombre.

Mis manos, ávidas, no están quietas.

—¡Inés, vamos a alguna parte!... ¡Tienes que ser mía!...

Ella reacciona.

—¡No, no, Pablo, déjame, no no!...—clama.

Agita sus manos, golpeándome. El pecho me hace sonido de tambor. Yo insisto. Siento un ansia bestial de que responda a la voz que le ha hablado, que le ha gritado, que le ha aullado por mi garganta.

—¡No, no, déjame, por favor; no puede ser, no no!...

La dejo al fin. Crispo los puños. Me hago sangrar los labios. Ella, la cabeza doblegada, solloza:

—¡Fuí mala, Pablo, no debí dejarme!... ¡Y tú eres malo también!... ¡Sí malo, malo!...

—¡Sí, Inesita, perdóname!...—digo serenándome y dejando obrar libremente a la conciencia.

Tomaría a Inés, sin embargo. ¡Y cómo la acariciaría! En mi sangre, el deseo despechado tasca, se revuelca. Ella solloza. Sus manos se retuercen, rasguñándose.

—¡Cálmate, Inesita!...

Ella sonríe con tristeza. Me da la boca. A sus labios se han deslizado las lágrimas. Están salobres. Y queman.

—¡Ful mala, Pablo, ¿no es cierto?! ..

—¡No, Inés, qué ocurrencia! Mala, ¿por qué? ¿Qué de malo puede haber en esto? ¡Es simplemente natural!

—¡Ojalá no sea malo!... ¡No debí haberme dejado! ¡No sé qué me pasó! ¡Yo tengo la culpa: ful mala!

—¡No, Inesita, ya te lo digo: no es malo!... ¡Tú misma dijiste una vez que te parecía tan humano esto!... No te preocupes; cálmate! ..

Sonríe. Tose. Su diestra convida de su obrera suavidad a mi rostro. Sus pupilas húmedas, tienen un brillo alucinado.

—¡De veras, Pablo, no puede ser malo esto!...

Una serenidad de aguas quietas aflora en nuestras pupilas. Nuestros sentimientos se consolidan bajo un mismo regocijo sin sombras.

—¡No es malo esto, no puede ser malo!...—exclama aún con voz ausente.

Y yo, como un eco:

—¡No, no es malo!...

Luego, casi gozosos, caminamos. Un hombre pasa cantando a media voz:

«la tierra será un paraíso
de toda la humanidad»...

Allá, lejos, un vendedor nocturno descorcha la noche con el tirabuzón de su pregón. Las ampolletas pestañean. La vida se anuncia en la brisa y en nuestras almas,

«Agrupémonos todos
en la lucha final
y se alcen los pueblos con valor
por la Internacional»...

XIV

Esta tarde el conventillo se conmueve por un acontecimiento trágico; un camión bencinero ha hecho pedazos contra la esquina en que tenía su puesto, a Víctor Alonso, el suplementero revolucionario.

Los vecinos se apretujan en el cuarto que fué su hogar. Yolanda, la esposa, yace atacada sobre uno de los lechos. Dos mujeres la atienden. Los chiquillos mayores lloran junto a la cama. Los dos más pequeños juegan, indiferentes a la tragedia, haciendo pompas de jabón cerca de una artesa.

Algunos hombres se ponen de acuerdo y se dirigen a la Morgue a ver modo de conseguir la entrega del cadáver.

¡La Revolución ha perdido a uno de sus eficaces constructores!

* * *

A pesar de los trámites no fué posible obtener la entrega del cuerpo de Alfonso. Se le veló en la Morgue. Le hicieron honor varios partidos de Izquierda y, especialmente, la Alianza Unica de Trabajadores, de la cual fué uno de los organizadores.

* * *

El abogado de la A. U. T., de acuerdo con la viuda de Alonso, entabló juicio en contra de la American Oil Company a fin de obtener una indemnización por la muerte del suplementero. Pero fué inútil, pues, el fallo favoreció a la empresa petrolera. El abogado de la compañía consiguió el fallo favorable a sus defendidos, arguyendo a un detalle que su colega contrario no había tomado en cuenta; el permiso que Alonso tenía para vender periódicos estipulaba que estaba autorizado para ejercer la venta en una determinada esquina de las cuatro que forman el cruce de calles; y habiéndose demolido esa esquina, el suplementero, sin la previa autorización municipal, había trasladado el puesto a la esquina contraria, donde fué atropellado. Estaba, pues, violando las disposiciones municipales. Y el motivo es bastante para que el juicio se dé por terminado y se archive. Estando las «autoridades» de por medio, no hubo nada que hacer.

* * *

Pasan quince días. Y ni Robles ni González salen aún en libertad. En Investigaciones se les mantiene incommunicados, como a todos los detenidos a raíz de la pasada huelga. La madre de Robles se encuentra desolada. Siempre que voy a verla, llora. La señora tiene, a veces, enérgicos arranques condenando el proceder de la «justi-

cia». Si las autoridades la oyeran, seguramente iría a hacerle compañía a los detenidos.

El Sindicato de Tranviarios, por su parte, y mediante su abogado, está tramitando la libertad de González. La señora Cristina está impasible. En cuanto cesó la huelga, volvió al trabajo. La situación de su esposo aparentemente no la preocupa. Sin embargo, ahora que alcanza a su cuarto para saber si ha obtenido alguna noticia del maquinista, la sorprende enjugándose los ojos.

En tanto, el conventillo vive su vida obscura e intrascendente.

XV

Los días pasan. Y aunque mucho de nosotros va quedándose enredado entre sus pasos bien acompasados, todavía prevalecemos con la inquietud y el tormento auestas, a la expectativa de sensaciones y acontecimientos.

Los días pasan. El hombre, en tanto, se dobla y se desdobra. Se trenza y se destrenza. Se integra y se desgarrá. ¡He aquí la vida!

Inés ha de llegar luego. En el aire, la tarde se destiñe. El ambiente se viste de gritos de chiquillos. Los ojos puestos en la esquina por donde ella ha de aparecer, observo con inquietud. La espera me desasosiega. El ánimo alterado me obliga a pasearme. Es como si los segundos se fueran quedando aplastados en mi ir y venir. Los momentos se me hacen infinitos. ¡Eh, Inés, a qué hora llegas!

Silenciosamente la noche se deja caer. Me muerdo. La nerviosidad me hace temblar, ¡Ah, Inesita, ven luego! Las sombras aletean en el ambiente. En lo alto del cielo sereno, otean las primeras estrellas. ¡Y no llegas. Inés! Transeúntes apresurados van y vienen. Carretones tirados por caballejos acezantes atruenan, de vez en vez, la calle. Los negocios encienden sus luces, echando sobre las

aceras anchas franjas amarillas. De pie en una de las esquinas, una prostituta mira con ojos suplicantes a los transeúntes. Su vientre es como una oferta frutal que llama al deseo por los ojos. Mi imaginación pone a Inés junto a la ramera. Ella es más pequeña, más humilde y no obstante, más atrayente. (¡Eh, Pablo, te pones tonto!). Trato de desviar el tumulto de pensamientos que me asaltan como insectos exaltados. (¡Eres un idiota, Pablo!). ¡Ah, Inés, tardas demasiado!

Pienso que ella no vendrá. Se me allegan al ánimo unas ansias terribles de destruir. ¡Ella ya no viene; se arrepintió! ¿Para qué aceptaste venir, entonces, Inés? Me nace una rabia tremenda en su contra. La inquietud se me hace nudo ciego adentro del pecho. (¡Inés ya no viene: es demasiado tarde!). Sin embargo, espero. Acaso haya tenido que trabajar de sobretiempo. (¡Eh, hombre, véte, Inés ya no viene!).

Un transeúnte me da un codazo casual al pasar. Me dan ganas de correr tras él y hacerlo tiras. Pero, veo a Inés que aparece entre un grupo de gente. El corazón me da un vuelco. Una ola helada me corre por todo el cuerpo. (¡Al fin vienes, Inesita!). ¡Bah, pero, carajo, no es ella, no es ella! La mujer que, de lejos, se le parecía, es una muchacha sin ningún atractivo. Saltaría lo mismo que un chivato y me gozaría tumbando a toda la gente. ¿Qué derecho tiene una mujer de parecerse a otra, de lejos? ¡Carajo! (¡Eh, camarada, serénate! ¡Andate, ella ya no viene!). En uno de mis bolsillos, suenan algunas monedas. En el recuerdo, se

me caen difusas imágenes de otro tiempo. Allá en el fondo mío, la niñez corretea a caza de lagartigas. Una fragancia espesa de peumos en brote llena el ámbito de mi corazón. Olor de vida pura, sin complicaciones. La vieja tía muele trigo tostado o pe'a mote. Bella vida que es como una sortija que luciera el recuerdo. ¡Ah, pequeño Pablo de entonces, ¿en dónde te cobijas?!

(¡Andate, hombre, Inés ya no viene!). Los minutos tranquean con una calma desesperante. Hundido en una sensación de aletargamiento, me afirmo contra un poste. Miro un montón de piedras, sin verlo. Un desfile de imágenes hace en mi cabeza un rumorío de torrente distante.

¡Ah, sí, claro, los torrentes son bulliciosos y bravos! Una vez un hombre se cayó a un torrente. Yo lo vi. ¡Bah, pero no, no era un hombre; era un tronco de árbol! Ja, ja. Los torrentes se parecen a los truenos. ¿Quién dice lo contrario? Los pájaros se asustan y arrancan de los truenos. Y las viejas rezan. ¡Ah, las viejas! ¿Han visto alguna vez a una vieja afilando un cuchillo? Los gatos vienen corriendo. Pero, se van al momento, porque no ven la carne. Ja, ja.

—¡Pablo!...

Una voz suena en mi oído. Voz suave. Tierna. Trémula.

—¡Inés!...

Le tomo la diestra y se la aprieto.

—¡Desesperaba ya de que vinieras!...

La frente se me hiela. El ánimo parece que se me va a derrumbar definitivamente. El corazón me salta

como un endemoniado. Ella no habla. Me mira tan sólo. Humildeamente. Tristemente. Dulcemente.

—¡Vamos, nena!...

—¡Vamos!...

¡Qué temblor de voces! Ella se coge de uno de mis brazos. Caminamos. Su mano, apretando mi brazo, me comunica su nerviosidad. Ella toda está dominada por una inquietud insólita. Vuelve la cabeza a cada momento. Con voz casi dormida me insinúa:

—¡No nos vayan a ver, Pablo!...

La miro.

—¡No tengas cuidado!...—le digo tercamente.

Diría que no soy yo el que hablo. Mi voz es agria y dura. Me invade un desaliento de hielo.

—¡No vamos, mejor, Pablo; nos pueden ver!...

—¡No, no nos verá nadie!

Una saliva dulce me llena la boca. Una angustia extraña se me ovilla en el pecho. Pienso: «No debíamos ir».

La calle se va haciendo cada vez más sombría. Las ampolletas están más distantes. Allá un letrero iluminado, como un índice sentencioso, nos dice nuestro destino: Hotel «La Marina». ¡No debíamos ir! «Piezas para pasajeros». ¡Deberíamos volvernos! Mas, una fuerza impetuosa me arrastra. Inés clama:

—¡No, no, Pablo!...

Se cuelga de mi brazo casi.

—¡No, no, por favor! no, Pablo!...

Ya estamos frente a la puerta. Los vidrios esmerilados de la mampara se iluminan tenuemente a la débil

luz venida del interior. (¡Eh, hombre, ¿qué vas a hacer?, devuélvete!). Dos sentimientos gigantes pugnan en mí. Entre ellos, yo me empequeñezco. Y desearía desaparecer, reventarme.

—¡No, no, Pablo, ¿qué vamos a hacer?!...

—¡Ya, pues, entremos!...

La agarro del brazo.

—¡Ya, entremos!...—insisto tercamente.

Se resiste. Tiembla. Algunos hombres, de un grupo que pasa, nos llenan los oídos con groserías. Carcajean. ¡[Diotas, imbéciles!

—¡No, no, por favor, ahora no!...—suplica ella.

No oigo su súplica. Toco el timbre.

—¡No, no, Pablo, por favor!...

De adentro, una voz grita:

—¡Entre, pues!...

El picaporte gruñe como un perro. Inés, perdida la esperanza de que me desista, me sigue resignada, dispuesta ya. Subimos. La escala gime bajo nuestros pasos. El desaliento me agarra otra vez por las solapas del ánimo.

—Buenas noches...

—Buenas noches... ¿Quere pieza?...

Inés doblega la cabeza. Ante nosotros hay una mujer chica y adiposa. De uno de sus brazos, como de una percha, cuelga un paño de tocuyo.

—Sí, pieza...—asiento, como un eco.

Caminamos por una galería. El piso se queja. Inés se aferra a mi brazo. Tras unos vidrios, un par de ojos curiosos atisba. Risas contenidas. Olor a comida. A cosas

viejas. A percán. A orines de gato. La mujer se detiene. Abre una puerta y enciende luz. Su mano se me tiende para recibir el pago. Mira con indolencia a Inés. Me hace entrega de un pequeño paño de tocuyo, que me dan ganas de tirarle a la cara. Nos deja solos. Inés titubea. Entramos. Cierro la puerta.

—¡Inés!...

Ella llora. Sus ojos mojados suplican.

—¡No llores, mi pequeña!...

—¡No debimos haber venido!...

—¡Qué quieres, linda, tanta que ocurrir! ..

Le arrimo una silla. Ella se sienta. Tiro el sombrero sobre un mueble. Miro el cuarto con desgarro. Un velador. Un ropero. Un lecho. ¡Vejez, miseria! ¡Da asco! Miro los cuadros que cuelgan de las paredes: dos mujeres desnudas, de sonrosadas carnes y de rubios sexos, se bañan; un hombre observa, con ojos lascivos, relamiéndose, tras los visillos corridos de la ventana; acá, encuadrado en otro marco, un perro lanudo con una perdiz en el hocico; otro desnudo. Olor a humedad. A jabón barato. Me acerco a la ventana. Abajo, en la calle, gente anónima transita. Por encima de los tejados, se retuercen las nerviaciones oscuras de la noche. Estoy cogido por un desaliento inexplicable. ¿Por qué traje aquí a Inés? No debí hacerlo. Sin embargo, la realidad es ésta.

Inés llora siempre. Los pechos le saltan al ritmo de los sollozos. Me inunda una piedad infinita. (¡Inés perdóname!). Me allego a ella y la beso. Grandes lágrimas ruedan por sus mejillas.

—¡Inesita, no llores!...

La levanto y la acaricio.

—¡No, no, Pablo, déjame!...

La abandono. Apagó la luz. Busco asiento en el borde del lecho. Pienso en la infinidad de seres, que, gimiendo, se habrán revolcado sobre estas ropas. Los sollozos de Inés me sobrecogen el sentimiento. Podría decirle: ¡vámonos! Pero, no, es imposible vencer la fuerza superior que me domina.

En el cuarto vecino, un somier cruje. Se oyen gemidos de mujer. Voces entrecortadas atraviesan la puerta de comunicación clausurada. La sangre comienza a arderme. Las mujeres desnudas del cuadro adquieren vida bajo el sortilegio de mi imaginación. Asisto a un mitin de ideas lascivas, que se organiza en mi cerebro. Los gemidos de la mujer, en el cuarto vecino, se hacen cada vez más apremiados. Rompe en pequeños gritos. Esto me enerva. El deseo me hace vencer los escrúpulos. Me acerco decididamente a Inés.

—¡No llores más, Inésita!...

La levanto. Ella se aprieta a mí. Se deja acariciar.

—¡Vámonos, vámonos!...—dice dulcemente.

—¡No! .. ¿Por qué te arrepientes?... ¡Estabas tan dispuesta!...

—¡No debemos hacerlo, Pablo, no, no, vámonos, vámonos, por favor!...

Parece que las palabras fueran puñales que le nacieran del pecho con desgarros de alma.

—¡Es necesario que nos quedemos!

Mis manos recorren su cuerpo.

—¡Ay!... ¡Ay!...

La tomo en peso y la abandono en el lecho.

—¡No, no, Pablo, déjame, no lo hagamos, no lo hagamos!...

Mis manos se encuentran ya palpando la suavidad, el calor y la dureza virgen de sus pequeños pechos. La beso en las orejas, en el cuello.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Déjame, no puede ser, déjame, Pablo!... ¡No lo hagas. no lo hagas!...

Lucha en el primer momento. Luego, se deja y se me abandona entera, gimiendo.

—¡Inés!...

El instinto me ruge. Un estilete de fuego me rompe por cada poro. Ella tiembla, se retuerce, gime.

—¡Ay, Pablo, no lo hagas, ay, déjame!...

Una de sus prendas se rasga. Palpo su cuerpo delicioso. Su blando vientre. Sus duros muslos.

—¡Ay, déjame, ay, ay!... ¡No seas malo!...

No cesa de gemir. No cesa de rogar con voz dormida de entrega. Entre sus muslos entreabiertos, toda la vida se concentra. «En realidad, debíamos irnos», pienso. Pero, no, es imposible ahora que la naturaleza nos envuelva con su canto viril, salvaje, estupendo. Con su canto que tiene de todas las voces cósmicas.

—¡Ay, me duele, ay, déjame, déjame... no seas malo... ay, ay!...

—¡Inés!...

—¡Ay, Pablo, malo! ..

Lejanamente se oye un ruido de agua al caer en un tiesto. En la calle, un auto bocinea.



Me levanto. Enciendo luz. Tengo la cabeza como desvanecida. Olor a hembra. A macho. El espejo me entrega a los ojos el ridículo de mi propia imagen. Mechacadas sobre la frente, Ojos medio encapotados. Me agarro la cabeza. Me meso los cabellos. Busco asiento. La conciencia me agujonea. La angustia me aprieta la garganta. Un sollozo de Inés me hace volver el rostro. Su cuerpo tremola bajo las ropas del lecho. Las trenzas sueltas se le tienden sobre la almohada. Se me alejan los pensamientos. Me convierto entero en ternura para acercarme a ella.

—¡Inés!...

Abre los ojos cercados por profundas ojeras. Mueve la cabeza. Y larga a llorar con una amargura que me sollama el alma.

—¡Inés, perdóname. Inesita!...

Aun entre el llanto ella se esfuerza por darme una sonrisa.

—¡Qué adorable eres!...—digo—. ¿Quieres vestirtirte?...

—¡Sí, apaga la luz!...

Hago girar el interruptor. Y mientras ella se viste, me lavo y me peino en la obscuridad. Después, voy hacia la ventana. En la calle, la muchedumbre pasa. La vida callejera sigue viviendo. Continúa su vaivén alterado y bullicioso. Un acontecimiento más en la vida de

un hombre y una mujer es un detalle que no la toca, que no la altera. Observo un cardenal que crece en una olla vieja, colgada por fuera de la ventana. Las hojas y las flores, en contra de la luz de una ampollita, transparentan los más claros matices del rojo y del verde.

—¡Si quieres, enciende la luz!...

Es Inés quien habla. En el interior de cada una de sus palabras se me ocurre que toca un acordeón de tristeza. El cuarto se trajea de luz. Inés vestida ya, está sentada en el borde de la cama. Llova silenciosamente.

—¡Inés!...

La beso en la frente. En los párpados mojados. Se abraza a mí y deja correr su pena sobre mi pecho.

—¡No llores más, mi pequeña!...

—¡Pablo, no me dejes nurcal!...

—¡Qué ocurrencia, linda!...

(¡Ah, como le dijera lo que en estos momentos experimento! ¡Yo me arrancaría a girones esto que se me anuda dentro del pecho para que supiera de mi sentimiento! Pero, no puedo. Nuestras más grandes emociones siempre quedan inéditas. Las palabras no tendrán nunca la inmensidad capaz de contenerlas. Y estamos condenados, las más de las veces, a soportar dentro de nosotros la angustia de no poder manifestarlas).

—¡No llores, preciosa!... ¡Comprendo que tengas pena! .. ¡Pero, dime una cosa: ¿te pesa esto?!...

Ella levanta el rostro. Sus pupilas se purifican. Me mira tiernamente, con una ternura que le arranca nuevas lágrimas. Me besa. Y habla, bajando las pupilas emocionadas:

—¡No, Pablo, no me pesará nunca, nunca!... ¡He sido tuya, sólo tuya!...

Vuelve a mirarme, furtivamente. Y se pone a jugar distraídamente con los flecos de la colcha. Sus palabras vibran en mí lo mismo que notas arrancadas de un instrumento maravilloso.

—¡Inés, eres inmensa!...—digo.

Juntos, somos una sola e intensa emoción.

—¡Se nos hace tarde. Pablo!...

Va hacia el peinador. Se lava y se enrolla las trenzas. En sus mejillas retoza un leve tinte sonrosado.

—¡Inés, qué mujer eres!...

Ella ríe. Apoya su cabeza en mi pecho. Escucha.

—¡Cómo siento latir tu corazón!...— exclama. Créeme, Pablo, me fundiría en tí!...

—¡Mi pequeña!... ¡Qué tierna e inmensa eres!...

Ella ríe. La felicidad cabrillea al borde de sus dulces ojos. Junta su rostro a mi rostro.

—¡Me hacen daño tus barbas!...—dice alegremente.

—Las castigaremos...—digo, riendo y besándola.

—¡No, Pablo!... Me gusta sentir las en mi rostro... ¡Quiero mucho a tus barbas!... ¡Me siento feliz!...

Apega su cabecita a mi cuello, restregándola contra él. Luego, me mira. Por sus mejillas corren lágrimas de alegría.

Nos besamos. Ella se coge de uno de mis brazos. Tranqueamos por la galería crujiente. Tras los vidrios, de nuevo los ojos que escrutan. Cuchicheos. Pasos tras de nosotros. Bajamos. La escala gime. En la calle, la

brisa nocturna, fresca y alegre, se nos mete por los poros. Inés mira hacia los lados, temerosa. Una pareja se cuele por la puerta que acabamos de abandonar. El movimiento callejero se ha adormecido. Apenas tranquean algunos transeúntes dispersos. Un borracho orina junto a un poste, entonando una cueca. A lo lejos, se oye rechinar un tranvía dando vuelta una curva. Tras una puerta, ladra furiosamente un perro. Desviamos los pasos por una calle más solitaria.

Me ensimismo por un instante.

—¡Pablo, ¿en qué piensas?...

Me regocija la pregunta de Inés.

—¡Pensaba en la chiquilla que eras hace poco y en la mujer que ahora eres!..

Los párpados me ocultan sus pupilas. Se aprieta más a mi brazo. La siento temblar. En seguida, sin mirarme, quedamente, como si revelara inconscientemente un pensamiento, dice con fervor:

—¡Qué inmenso y bello es esto, Pablo!... ¿Quiénes lo creen malo?... ¡Yo parece que ahora sintiera más la vida!...

Sus palabras me emocionan. Muy juntos seguimos caminando, contando y guardando avaramente las monedas de nuestra emoción. De repente, un acceso de tos la remece entera. Me apresuro a alargarle mi pañuelo. Y cuando todo pasa, ahí está el trozo de lienzo, ostentando el desgarramiento de sangre. La pena nos vela el regocijo. De nuevo la acera se dobliga a nuestras pisadas. La amargura pone un silencio desgarrador en nuestras gar-

gantas. Ella tose una vez más. Suspira. A la distancia, el silencio de la noche es herido por el bocinazo de un automóvil.

Arriba, el cielo nos tiende su mano ancha y cordial de estrellas, su recia mano de verdadero camarada. Y por los ojos sentimos su contacto suave y rudo al mismo tiempo, lo sentimos como una bendición armoniosa del universo.

Y seguimos, tristes y contentos, como caminando hacia adentro de nosotros mismos.

XVI

Y todo sigue como antes, al recollo—eso sí—de una intimidad y confianza que hasta aquella noche no hubo entre nosotros. Tácitamente nos regocijamos de haber salvado lo que por un tiempo constituyó para nosotros una inquietud y una tortura.

Aunque las malas lenguas no dan tregua a su palabrería, y aunque alrededor nuestro se crean historias inverosímiles, hemos aprendido a encastillarnos dentro de nosotros mismos, y, distantes de prejuicios, ya no es un lecho de hotel el que se ofrece a nuestro goce; mi pobre jergón se hace blando, a veces para recibir el dulce y cálido cuerpo de Inés.

Sin embargo, claramente lo voy advirtiendo, ella se agrava. Sé que se esmera en ocultarme la realidad de su estado, pues, nunca me habla de su mal. No obstante, la tos que con tan obstinada frecuencia la martiriza, y su aspecto mismo, la delatan, y bastan para que yo comprenda, y más todavía, sienta cómo se desgarran su vida. Por mi parte, me abstengo de inquerirle. Si lo hiciera, sería aumentar quizá la angustia que, no dudo, echa raíces en su alma.

A pesar de todo, Inés sigue trabajando.

(¡Ah, compañera!).

* * *

Ayer ocurrió en el conventillo algo que nos libraré por un tiempo de andar entre los dientes y raigones de las comadres: Raúl, el hijo de la Gringa Pobre, fué sorprendido en un almacén, robando. Los carabineros que le perseguían, lo vieron escurrirse conventillo adentro. Pero, aunque registraron toda la propiedad, no fué posible encontrarlo. Sin embargo, más tarde, ya entrada la noche, una vecina que quiso utilizar uno de los excusados, no pudo abrir la puerta de la caseta. Sintió ruido adentro y gemidos de mujer. Fué en busca del marido e hicieron saltar la aldaba interior. Adentro estaba Raúl con Estela, la hija de la mayordoma. La chiquilla se amarraba los calzones sollozando. El muchacho arremetió a golpes con el hombre que los descubrió. En seguida trató de huír; pero fué apresado por otros vecinos. Doña Auristela, al saber la noticia, puso el grito en el cielo. Lívida de rabia, se lanzó a manotazos contra la hija.

—¡Putas, putas!...—le gritaba.

Cuando vinieron los carabineros a llevarse a Raúl, la mayordoma se empeñó en que se llevaran también a Estela.

—¡Llévense a esta chancha, llévense a esta puta!... ¡Miren que encerrarse en el excusado con este desgraciado, con este ladrón de mierda!...

La chiquilla, llorando a moco tendido, se resistía. Entre el llanto, le aulló a la madre:

—¡Ah, señora, ahora soy chancha, ahora soy puta!... Pero, cuando me obligaba a acostarme con el viejo Andrés, con ese viejo hediondo y baboso, entonces, no era chancha, no era puta!...¡Mala madre!...

Los carabineros se la llevaron junto con Raúl. Fueron inútiles sus lamentos. Las comadres estaban perplejas.

—¡Así era la cosa, ¿no?!...

—¡Qué más que «cabrona» podía ser esta vieja del diablo!...

Más tarde, ya serena, doña Auristela fué a la Comisaría en busca de la hija. De vuelta, ambas se encerraron a llorar en su departamento.

* * *

La suerte de Yolanda, la viuda de Alonso, va de mal en peor. Últimamente se le murió el menor de los hijos.

—¡Está «miá» de perro!...—dicen las vecinas.

La desgracia, la miseria y el hambre la azotan despiadadamente. El trabajo no le da lo suficiente, a pesar de que ha conseguido nuevos lavados. Se sacrifica lavando hasta tarde de la noche y la salida del sol la encuentra inclinada ya sobre la artesa, refregando y escobillando. Está flaca y ojerosa. Los chiquillos mayores, de cuya educación tanto se preocupaba Alonso, no irán este año a la escuela. Yolanda, mediante la ayuda de algu-

nos de sus patrones, espera colocarlos por ahí, de mozos o aprendices.

* * *

Los presos por causa de la pasada huelga han salido recién en libertad. Robles y González vienen aniquilados.

En su cuarto, Robles me muestra las huellas que le dejaron en el cuerpo las flagelaciones de que le hicieron víctima a fin de que confesara su intervención en el movimiento y diera a conocer los planes de «cierto golpe de estado» que preparaba una «organización secreta».

—¡Y el pobre Barraza está peor, compañero! Seguramente ha llegado a echarse a la cama: no estaba bueno para otra cosa. ¡Cometen con uno las barbaridades que menos se pueda imaginar!—me dice Robles—. ¡Por supuesto, compañero, que el «golpe de estado» era pampina! Es un método para sacar «mentiras verdad». Pero, compañero, menos mal que estas experiencias le sirven a uno de aliento. Esta vez, nada tuve que ver en el movimiento. En uno próximo, sí. La actitud arbitraria que asume la justicia en nuestra contra es decisiva muchas veces ¡Créame, yo no quería meterme en nada ya! ¡Sobre todo me preocupaba mi madre! ¡Por ella quizá he buscado el pretexto de la ignorancia, el vicio y la deslealtad proletarias, a fin de evadirme de una causa que me llama, gritando en mi propia sangre! ¡Desde ahora no! ¡Estoy dispuesto a echar afuera todo sentimentalismo,

que con ello nada se consigue! Usted lo ve. ¡En adelante, Barraza, González y todos aquéllos que luchan sinceramente y honradamente por la causa del pueblo, me tendrán a su lado! Porque, la verdad es que, sea como sea, ignorante o culto, vicioso o no vicioso, el pueblo necesita reivindicarse! El pueblo es una inmensa fuerza movida, más que nada, por la intuición y el instinto. Sus defectos se deben a su incultura. La intuición y el instinto del pueblo bien encauzados, educados, guiados hacia un plano superior por la cultura, lo pondrán en situación de demostrar el valor que guarda en sí, el magnífico filón que constituye los estratos de su ser. El pueblo es una potencia creadora, oprimida por los prejuicios, el egoísmo y la inconsciencia de una sociedad corrompida. La clase alta, en cambio, culta, dotada de todos los medios y posibilidades, llena de aberraciones y vicios «conscientes», es una fuerza ficticia, es un motor caduco sostenido por el dinero, es un tremendo gusano que agoniza. El porvenir de la humanidad nace de abajo como todo... Sube del pueblo, crece del pueblo, con la vitalidad del vegetal desarrollado en una tierra virgen... Y el pueblo mismo es una tierra virgen, una vigorosa tierra, llena de pechos y metales para forjar el porvenir...

Alguien empuja la puerta. Robles se interrumpe. Su madre entra. La señora está radiante. La vuelta del hijo le ilumina el rostro. Prefiero salir.

—Hasta luego, camarada...

Robles me estrecha la diestra que le estiro. La buena señora me despide con una sonisa maternal.

* * *

En cuanto a González, ha vuelto enardecido. Oyéndolo hablar delante de sus camaradas, la señora Cristina tiembla y opta por retirarse. Los chiquillos, sin lograr comprender, lo miran curiosos y se intercambian sonrisas, encontrando divertido el ánimo endiablado de su padre.

Justamente tengo ocasión de verlo, cuando habla en contra de la Compañía por haberlo despedido. Tiembla y se muerde. Estamos juntos al portón del conventillo, sobre cuyas tablas carcomidas el ex-tranviario da potentes puñetazos.

—¿No es una canallada? ¡Veinte años de servicio, carajo, y lo botan a uno como a un perro, por el delito de reclamar derechos que a todos los trabajadores nos corresponden!... ¿No es una canallada?... ¡No me la ganarán los carajos! ¡Habrán de devolverme mi trabajo los gringos maricones!

* * *

Desde hace algún tiempo, las lavanderas vienen siendo víctimas de robos. Las piezas de ropa desaparecen como por encanto de los alambres, apenas se descuidan. Yolanda, ha sido una de las más perjudicadas. Algunos de sus patrones le han quitado los lavados, imaginándose que es ella la que se queda con las prendas y se hace la robada.

La situación de la viuda se torna cada vez más trágica. El hambre arrecia. Desesperada deja su «profesión» y se dedica a vender frutas por las calles. Cuando, agobiada por el peso del canasto, pasa por el frente del conventillo, las vecinas salen a contemplarla. Algunas le compran. Y ella sigue su camino, pregonando débilmente. Al principio, el negocio no va mal. Pero, pronto Yolanda empieza a desesperar de nuevo: le queda mucha venta para el día siguiente y el exiguo capital se va perdiendo con la fruta que se pudre.

Para colmo, hoy día, los carabineros la detuvieron por ejercer la venta sin tener el permiso municipal y estar desprovista del certificado de sanidad.

Robles, igual que González, ha sido despedido de su trabajo. Al asistir a la Notaría en que se desempeñaba, encontró en su escritorio a un reemplazante. El jefe le dijo que ya no se le necesitaba. Se le pagó el desahucio y lo despacharon.

Sin embargo, Robles se perjudica poco, porque, ayudado por Barraza, que ya se encuentra repuesto, logra colocarse en una fundición. Ahora, por las tardes, se le ve llegar sucio y sudoroso, pero lleno de un contento grande.

—¡Me he topado con mi ambiente!...—le he oído exclamar.— ¡Me cargaba el puñetero trabajo de la oficina!...

Quien lo vea, tendrá que reconoeer que es un hombre alentado por una nueva y vigorosa fuerza.

* * *

Yolanda tiene que sacrificar los restos de su miserable capital para cancelar la multa a que la condenan por infracción a las ordenanzas municipales y sanitarias. Por el camino, de vuelta del juzgado, vende el canasto. Llega al conventillo sombría y descompuesta. Trae varios paquetes. Las vecinas, extrañadas, afinan el olfato para apreciar mejor el rico olor de la comida que prepara. Los chiquillos comen frutas y pasteles a sus anchas.

Yolanda trata de mostrarse alegre. Pero, tras de su alegría forzada, se diría que una sombra se mueve. Una trágica sombra que interpreta un destino de fantasmas.

Tarde de la noche, el matrimonio que ocupa la pieza vecina a la de Yolanda, se despierta. A sus oídos llegan ruidos extraños. Hombre y mujer se levantan. Salen. Los ruidos se originan en el cuarto de la viuda de Alonso. La puerta cede al rudo empuje del hombre. Encuentran a la viuda en el suelo, retorciéndose, con el cuello cortado. La sangre le silba, escurriéndosele del tajo. La navaja yace tirada a un lado. Los chiquillos, todos degollados, están tendidos en uno de los lechos. La vecina se desmaya lanzando un alarido salvaje. La noticia se propaga. El cuarto de la viuda se llena en un santiamén de hombres y mujeres a medio vestir. Pies descalzos.

callosos y deformes, forman círculo alrededor del cuerpo exangüe de la viuda.

* * *

La Gringa Pobre ha sido llevada por la policía. Una vecina la sorprendió descolgando ropa de uno de los alambres y echándola apresuradamente en un saco. Antes de que vinieran los carabineros, fué golpeada por varias mujeres hasta hacerla pedir perdón. Robaba la ropa y salía a venderla casi regalada, o la empeñaba. Entre las tiras, se le encontró un sinnúmero de boletos de agencia.

* * *

Inés empeora. Ha dejado de ir al trabajo. Los desgarros de sangre son más continuos y la tos no la abandona. El dolor a la espalda la obliga a caminar medio agachada. Ya no me oculta nada. Adelgaza de día en día. Y tose... Tos seca, cansada...

Ando desconcertado. Robles ha prometido llevarme a trabajar a la fundición apenas se presente una vacante. Se ha conquistado cierto prestigio entre los jefes, de modo que, presentándose la ocasión, le será fácil cumplir su promesa.

Bien es cierto que la esperanza de una mejor situación y la posibilidad de ayudar como deseo a Inés, deslifen un poco la preocupación que para mí constituye su enfermedad. Sin embargo, me desconcierto, Y el de-

sánimo se goza, de vez en cuando, relajando los nervios de mi sentimiento.

Ciertamente que no soy por el momento más que un pobre hombre que lustra. Un hombre, pienso ahora, que le saca a los zapatos el lustre que no ha logrado sacarle a la vida.

(¡Ah, Inés, compañera, si yo pudiera ayudarte!)

XVII

Silenciosamente el otoño regresa. Y tranqueando por las callejas, se da a desgarrar los vestidos desteñidos de las acacias. Sobre las cosas cae como una llovizna de tristeza. Y los hombres del suburbio parece que se agobiaran bajo el peso de un inaudito cansancio.

Los días nacen envueltos en densas mantas de neblina. Y los acontecimientos que conmueven la vida del arrabal, van quedándose olvidados tras la sombra de un fatalismo casi doloroso.

Así, el conventillo contrae su hosamenta dentro de sus sebosos harapos. Y bajo el cuero rugoso de los años, su alma es como si se estremeciera, conmovida por las noticias que el invierno le remite en las frías esquelas de las brisas otoñales.

Alguien podría decir que el conventillo llora por las mañanas, cuando la niebla, condensada en los aleros, se precipita a la tierra en pesadas gotas que son lo mismo que lágrimas. Alguien podría decir esto. Pero, no lo dice nadie.

En el primer viento que ha pasado hacia el norte, las golondrinas han montado. Y se han ido, como embarcando en un convoy de ausencia.

* * *

Inés se agrava. Ahora, primer día que concurro a mi nuevo trabajo en la fundición, ella ha guardado cama. Me agarra una sensación de hundirme en un vacío sin fin.

* * *

De improvviso, haciendo esta vez su secuaz al débil veterano que es el otoño, la epidemia del tifus, como en otras épocas, se introduce en la ciudad, precediendo a la muerte en un saqueo de vidas. El arrabal se alarma entero. La inquietud pesca los ánimos. Luego, el Gobierno toma cartas en la campaña profiláctica. Y «la pe-rrera», el carro de la Dirección de Sanidad, se larga a gritar por el suburbio, igual que un pájaro de mal agüero. Las paredes se llenan de afiches ilustrados con piojos gigantes y repugnantes. El edificio del Regimiento Cazadores se habilita para hospital. La poca experiencia del personal de Sanidad hace llegar hasta allá a gente sólo atacada de gripe o males ligeros, que, al contacto con los tíficos, se contamina y «las endilga». El cielo de los pobres aumenta considerablemente su población.

El exantemático es como una horda fascista, desencadenando sus instintos devastadores sobre el suburbio. Hombres, mujeres y niños van doblegándose bajo su garra negra. La vida se agazapa en las puertas combatiendo heroicamente al invasor. Un viento trágico co-

re por el suburbio. La ciudad tiembla. Los cesantes y trabajadores callejeros, limpios o no, son arreados en piños por los carabineros hacia los baños públicos. A muchos los «pelan». Los bancos de las plazas y paseos desaparecen.

* * *

El conventillo ha sacrificado ya su primera víctima a la epidemia. Hoy día, al amanecer, murió doña Auristela, la mayordoma. El conventillo todo se encuentra acongojado por el hecho. Hay en las almas un sentimiento angustioso. El odio se desvalece en los espíritus, frente a la muerte. Y, cautelosamente, venciendo el temor del contagio, las vecinas y comadres se allegan al departamento que ocupaba la que fué la mayordoma, y prodigan ante su cadaver más de alguna lágrima.

* * *

Olor a tragedia. Todo contribuye, hasta la época misma, a ceñir los corazones de dolor y de angustia. Entre tanto, «la perrera» grita por las calles suburbanas, batiendo su bandera, que es como emblema filibustero, y brinca sobre los empedrados disparejos, sembrando el pánico entre las gentes.

En una semana, han muerto siete personas en el conventillo. Ayer, juntos, fallecieron un hombre y una mujer. Han dejado en la orfandad a un pequeño de dos años. Una vecina cuenta que, cuando penetró al cuarto

para dar la medicina a los enfermos, encontró al chico sobre la cama, hurgando con los dedos en las narices de la madre muerta, riendo inocentemente.

La epidemia continúa su labor devastadora. Y ya no es posible desvestir a los espíritus de su túnica de angustia.

* * *

Inés sigue mal. No puedo verla. Sólo la buena voluntad de la señora Hortensia, mi subarrendadora, me proporciona la satisfacción de estar al corriente de su vida.

—¡Sufre tanto la pobrecita! ¡La tos no la deja!... ¡Delantito de mí botó una bocarada de sangre!... ¡Y está tan flaca la pobrecita: se está consumiendo!...

Las palabras de la señora Hortensia ponen en mi interior algo como un prendimiento que no acierto a definir; pero, que me hunde en una desolación de ruinoso casa abandonada.

* * *

Hoy día «la perrera» vino al conventillo y arreó con todos sus habitantes, salvo los pocos que se encontraban fuera. Arrearon, también, con todos los gergones y cobijas. ¡Inés no se libró! ¡Canallas! Me muerdo y lloro hacia adentro un feroz llanto de impotencia. Equivocando su mal, hicieron venir una ambulancia y se la llevaron, sin oír los ruegos de sus hermanas. Después, ciertos de la

equivocación, y no habiendo cama en un hospital propicio a su enfermedad, la devolvieron a su cuarto del conventillo. ¡Canallas!

—¡Es gente inhumana ésa de «la perrera», Pablo!... —me dice la señora Hortensia—. ¡Figúrese, hasta la «pelaron» a la pobrecita!... ¡Y está tan grave, por Diosito!...

—¡Qué, carajo, ¿pelaron a Inés?... ¿Pelaron a Inés?...

—¡Lo que oye, Pablo!...

Siento como un abismo se abriera ante mí. Parece que voy a reventar. Me siento un volcán pronto a despedazarme. ¡Ah, canallas, había de agarrarlos! ¡No les basta con acortar, por incompetencia, una vida, sino que se deshumanizan cometiendo actos indignos, poco menos que de barbarie! ¡Ah, leyes humanas de la vida, ¿en qué resquicio se humillan a la injusticia?! ¡Carajo, para qué somos hombres!

* * *

A todas las mujeres y chiquillos que llevó «la perrera», les cortaron el pelo de raíz, después de obligarlos a bañarse. Las ropas de cama las devolvieron todas manchadas, quemadas y hediondas a desinfectantes. Sólo aquellas mujeres que se encontraban fuera cuando vino el carro de la Dirección de Sanidad, se libraron de la vejación. La señora Hortensia, como otras, se felicita de haber estado ausente con sus chiquillos, y lamenta la desgracia de las otras vecinas. Doña Cristina, la mujer de

González, se encontraba trabajando; pero, los chiquillos fueron todos arreados en el piño, y ahora las cabezas le blanquean. En el conventillo puede verse a las mujeres con la cabeza envuelta en un trapo para ocultar los cráneos segados. Se las oye protestar sin reservas. Algunas, no cesan aún de llorar.

Los hombres se juntan al anochecer, de vuelta de la jornada, y descargan su indignación, voceando y gesticulando con rabia salvaje:

—¡Hijos de puta, por qué no mandan pelar a su agüela!

—¡Por qué no friegan al dueño, por la cresta!

Robles anda sombrero, lívido. Se muerde y sus ojos brillan de ira y odio. ¡También le han cortado las canas a su madre! De pronto aúlla:

—¡Ah, los perros! ¡Vejan al pueblo, porque es el pueblo! ¡No importan las humillaciones! ¡¿Porque uno está en la porquería tiene que hundirse en la porquería?! ¡No, carajo, no! ¡Ante todo somos humanos! ¡Y como humanos debemos ir a la lucha por nuestra integridad de hombres!...

—¡Eso es, camaradas, debemos hacer la Revolución!... ¡Sólo la Revolución nos libraré de estas porquerías! ¡Las autoridades son una pura mierda!

—¡Qué Revolución ni perro muerto! ¡Al dueño lo pescaría yo pa caparlo!...

Carcajadas.

—¿Y quién habla de Revolución, por la puta? ¡Primero tenemos que amarrarlos bien los pantalones! ¡La Revolución se hace con los pantalones firmes!...

—¡Eso es, compañero, con los pantalones firmes y los cocos bien llevados!...

—¡Y con la cabeza despejada!...—arguye otro.

Hasta un carabinero, que ocupa la pieza que arrendaba Yolanda, alega, enarbolando los puños:

—¡Los abusos, carajo, los abusos! ¡Tiene que reventar una grande! ¡Así como va, este es un país de mierda!

El está recién casado. Le llevaron a la hembra, que se encontraba encinta, la obligaron a bañarse y la trajeron sin cabellos. Las ropas de cama, todas nuevas, se las han devuelto manchadas y fétidas. De vuelta, la mujer abortó la masa sanguinolenta del que sería su hijo.

¡Los corazones sacuden de tierra sus viejos odios y los pulsán como gigantes y sonoras guitarras!

(En el alma de los hombres oscuros, la vida nueva se gesta).

Al fondo del conventillo, bajo la mediagua, el viejo araucano ensaya en su trutruca una música monocorde y rápida, cuyas notas son como un clamor o como una protesta. En ella parece que la raza levantara los puños airados sobre una luminosa lontananza de trigos.

* * *

El tifus ha cogido a la madre de Robles. El muchacho anda desesperado, La pobre señora, en su lecho, se agita y delira.

* * *

Esta tarde, entre un grupo de lustradores, los carabineros me toman en la Alameda para llevarme a los baños del Cazadores. Me resisto:

—¡Yo estoy bañado!... ¡No hay derecho, mi cabo!...

—¡A ver, muestra el certificado!

—¡No he utilizado los baños públicos!— digo,

—¡Tienes que ir entonces!

(Sí, Pablo, tienes que ir, tú sabes que lo que dice la «autoridad» tiene que ser. ¡Anda, hombre!).

La rabia me caldea el pecho.

Un chiquillo, pataleando, chilla:

—¡No quero que me lleven estos pacos de mierda!... ¡Mamá, mamá!...

Una mujer que vende plátanos más allá, acude y ruega:

—¡Es mi hijo! ¡No se lo lleven, carabineritos, está limpio, ¿no lo ven?!

—¡Eso no quiere decir nada, señora: no tiene certificado de baño!...

—¡¿Y qué importa?! El niño está limpio.

—¡Muy limpio estará; pero, tenemos que llevarlo!

El otro carabinero larga a la mujer una pregunta:

—¡Y usted, señora, que alega tanto, ¿tiene su certificado?!

La mujer tiembla. Su rostro palidece.

—¡No, no, señor, no lo tengo; pero, no me lleven, por favor!...

No muy lejos, varios señores presencian la escena, y sonrín irónicamente.

—¡Sí, señora, tiene que ir; tenemos orden! ¡Vamos andando!

La pobre hembra llora. Vuelve por el canasto con la venta. Y echa tras de nosotros. El chiquillo se le apega a las faldas, sollozando. El Club de la Unión nos ve pasar. Y parece que carcajeara. Los lustrosos automóviles nos burlan con sus cláxones.

Un compañero de oficio me sopla al oído:

—¡Arranquemos, oh!... ¡De allá no salimos!... ¡Los meten una inyección y los vamos al diablo!... ¡A mi padre se lo llevaron con grippe, y ni muerto lo vimos!...

—¡No seas lesa; es la primera vez! ¡Una segunda no nos llevan!

—¡Arranquemos, oh!... ¡Los van a fregar!...

—¡Allá veremos!

—¡No seas maricón, ándale!... ¡Si no, me arranco solo! ..

Espera un momento propicio y trata de huír. Sin embargo, es sorprendido, y una palmada en pleno rostro, lo doblega, aparentemente. En su interior, la sangre hierve: las rojas burbujas se le trepan al rostro. Los instintos se revuelven. Sus ojos arrojan el odio en gruesas y calientes lágrimas.

De vuelta del Cazadores, traigo en los bolsillos un papelucho que certifica que he sido bañado y que mis ropas han sido «desinsectizadas». Yo no sé qué clase de insectos le sacaron a mis ropas.

* * *

Al llegar al conventillo, una de las vecinas me dice que la ambulancia de la Dirección de Sanidad vino a llevarse a la madre de Robles. Entro al cuarto desolado por el hecho.

De pronto, cuando me dispongo a salir en busca de Arturo, golpean a mi puerta. Abro. Es la hermana de Inés, aquélla que me hizo la advertencia. La muchacha viene llorosa y acezante. Un presentimiento terrible me hace temblar. Un piño de pensamientos galopa por mi cerebro.

—¡Joven, joven, Inés se nos muere!...—exclama casi sin alientos.—¡Vaya, por favor, ha preguntado mucho por usted!...

Un sudor helado me retoza por el cuerpo. En la inconsciente carrera, apenas siento el contacto de las suelas de mis zapatos contra las piedras del patio. Sin saber cómo, me encuentro junto a su lecho. ¡Pero, ya es tarde, demasiado tarde para despedirla! Blanca, inmóvil, con los ojos abiertos, como conteniendo en ellos a todo el infinito, se diría que sonrío. Profundas ojeras le cercan los ojos. En la cabeza tiene un trapo blanco, envuelto a modo de turbante, que le cubre todo el cráneo sin cabe-

llos. Los bordes de la sábana están manchados de sangre. Olor a medicinas.

Junto a ella me quedo por un tiempo que no puedo precisar. Entretanto, me parece acompañarla por sendas ignoradas. Veo su rostro flaco y sin vida empañado por el agua turbia que me brota de los ojos. Y es como si me aferrara a los segundos que huyen, en un deseo ferviente de eternizarme en ella mediante esta despedida sin fin. Nada sé de mí ahora. Sólo sé de nosotros: El recuerdo llama a mi cerebro claras imágenes pasadas. ¡Pero, la realidad está aquí, abierta como una flor de pesadilla!

Alguien me toca el hombro. Es el padre de Inés. El viejo llora y mueve la cabeza, desesperado. Las hermanas, al pie de la cama, sollozan. Algunas vecinas que rodean el lecho, no reprimen las lágrimas, que corren en abundancia por sus rostros flacos, curtidos por las vigili-
lias, la miseria y la maternidad. Alguien me mira con piedad. Beso las mejillas hechas de mi mujer muerta. Todos mis sentidos la acompañan. ¿Es posible? (Sí, Pablo, ella se ha acabado). ¡Ah, mi pequeña, mi nena querida, qué buena eras!

En la cabeza, algo me gira. El tiempo camina. Mis oídos sienten su voz. Mi cuerpo recuerda el contacto tibio y enervante de su cuerpo. El tiempo camina. ¡Pero, qué me importa a mí! ¡Que caminen todos los tiempos imaginables, que caminen, que bailen, que brinquen, que se derrumben sobre mi cabeza y me la hasti-

llen!... ¡Inés! ¡Mi pequeña! Luego, siento querer el dolor de su muerte. Y me postro ante este dolor como ante la dulzura de sus pupilas, como ante la luz de su espíritu, como ante toda su integridad de hembra sencilla y pura. Acaricio sus mejillas de hielo. La beso. Nadie musita una sola palabra. Solamente las moscas en el techo anuncian la vida, haciendo sonar obstinadamente sus alas.

Salgo. Sobre el patio, la noche levanta sus estupendos puños, callosos de estrellas. El suburbio tiembla. Echo los pasos hacia mi cuarto. Tirado sobre el lecho me pongo a llorar sordamente, ageno a mí mismo. Hasta que, sobre las ropas, me duermo.

Cuando despierto, la frente me arde. Una vaga sensación de lo ocurrido me flota en el cerebro. Sin embargo, de pronto, la certidumbre exacta de todo, me arranca deseos de aullar, Sí, de aullar lo mismo que un perro acosado de fantasmas. (Ah, camaradas perros, denme su garganta para aullar.). Concentro mis miradas en la sombra, como si con ello fuera a descargar mi desesperación.

De improviso, siento sobre mi rostro el temblor de una mano tibia. Junto al lecho, Inés sonríe, lo mismo que una constelación surgida de entre nubes. Mis oídos se deleitan y mi espíritu se guarda la música de su voz:

—¡No, Pablo, no me pesará nunca!... ¡He sido tuya, sólo tuya!...

Largo rato la contemplo sintiendo la irradiación tibia de su presencia. Después, nada.

Por la calle, corre un coche. Suenan los cascos de los caballos sobre el empedrado disparejo. En alguna parte, «remuelen». Se oyen apagados tamboreos. A la distancia, un tren larga un alarido. Y una desolación inconmensurable y una tristeza de vegetales en otoño se me echa a rodar por el alma. Parece que la noche introdujera por el tragaluz un rumor de legendarios rezos...

* * *

Uno. Dos. Tres. Cuatro días. También ha muerto la madre de Robles. El dolor escarmenta el espíritu de Arturo. Las fibras de sus sentimientos se retuercen, desgarrándose.

Esta tarde vamos a reclamar el cadáver al depósito del hospital en que se encontraba. (Por milagro no fué llevada al Cazadores). Robles muestra la autorización médica, y un hombre pequeño y torvo, con cara de verdugo, nos hace entrar a una sala, contra cuyos zócalos, de pie, o yaciendo sobre largos mesones, se alinean los cadáveres retobados. Un olor a carne en descomposición rasca las narices. Algunos de los cadáveres asoman las cabezas desgrefñadas o calvas, en gélido y macabro gesto. Los hay pelando los dientes y con los ojos desmesuradamente abiertos, en expresión de pavor. Uno hay con la lengua afuera y los labios llenos de purulencias. Así los ha pescado la muerte.

Entre los retobos de uno de los mesones, hay los restos de una mujer. Está sin ropas, las piernas separadas. El cuerpo ensangrentado, muestra desde el cuello

mismo hasta el sexo peludo y entreabierto, el tajo de la autopsia, cosido a la diabla.

El hombre pequeño y torvo nos indica un cuerpo retobado en un pañuelo de rebozo.

—Aquí está...—dice friamente.

El cadáver de la señora Leonor tiene descubierta la cabeza. Su rostro es de un pálido transparente. Nos quedamos extáticos frente al cadáver. Luego, Robles se acerca, y sollozando, con tremendos y desgarradores sollozos, roza su rostro desesperadamente contra aquel rostro amado.

—¡Madre!...

No dice más. Pero, es bastante: clamor de desamparo, sordo e inútil clamor que oprime, que crispa, que desgarrar. Una sensación de desvanecimiento se desliza por mi ánimo. Los dientes crujen. El cerebro gira. El dolor clavetea cada una de las células del espíritu.

Cuando traen el ataúd, nos dedicamos a encajonarla. Luego, la llevamos a velar.

* * *

Después de los funerales, a los que asistamos, además de Robles, González y yo, Arturo abandona el trabajo por varios días. Gasta el tiempo en recorrer calles y más calles como un enagenado. Al atardecer se le ve entrar al conventillo y encerrarse herméticamente en su cuarto. Pasados algunos días, vuelve a la fundición.

Esta tarde volvemos juntos. Está sereno. Le oigo hablar con unción de su madre. Pienso en Inés. Desea-

ría hablarle también de ella. Pero, callo. Y siento dentro de mí su presencia liviana y tibia, como un símbolo.

El arrabal comienza a vivir su vida crepuscular. La gritería infantil hace calzar sandalias de júbilo al ambiente. Unas chiquillas cantan:

«Vamos jugando al hilo de oro,
y al hilo 'e plata también,
que me ha dicho una señora
que bellas hijas tenéis»...

Las acacias ya desnudas, ponen cierta desolación en el paisaje suburbano. Los ojos parece que pugnaran por llenarse de lágrimas. Mas, aquí están los oídos captando el bullicio de las larvas proletarias, en el que no caben tristezas.

Allá, un piano callejero toca. Arriba, el cielo otoña lo imita, rompiendo en notas brillantes por cada uno de sus poros.

Al llegar al portón de nuestro conventillo, encontramos a Carlos González. El hombre esta radiante: lo han restituído a su trabajo, después de muchos trámites.

—¡Bien sabía yo que los gringos carajos no me la ganarían!...—comenta, riendo.

XVIII

Los días pasan. La epidemia sigue. Pero, el pánico entre las gentes no lo causa ahora la epidemia propiamente, sino «la perrera» y el Cazadores. El recinto militar devora hombres y mujeres. Los arrabales se diezman. Las calles centrales se despueblan de desocupados y por-dioseros. La vida se revuelca, tasca, ruje de impotencia. Uno de los cementarios rompe su lindero norte. En las nuevas tumbas, las existencias proletarias se reducen sólo a una cruz y a un nombre.

* * *

Hoy al regresar, me espera una sorpresa en la diestra de la señora Hortensia.

—¡Vaya, una carta!

La abro. Es breve. Por los rasgos, adivino quién es su remitente.

Pablo:

No ha faltado alguien que te haya divisado en ésa y me lo haya comunicado. Es doloroso para mí saber a qué labor humillante te dedicas y el estado miserable en que vives. No quiero que continúes en esa situación. Con los conocimientos agrícolas que alcan-

zaste a obtener, te será fácil colaborar conmigo en el fundo. Comunícame qué decides.

Te saluda, tu padre,

Teodoro G. de la H.

Villa Alegre, Mayo 7 de 193 ..

Una ola de rabia me trota por todo el cuerpo. Estoy a punto de despedazar la esquila. Sin embargo me domino. Y me decido a responder:

Señor Teodoro de G. de la H.

Hacia mucho tiempo que una palabra no me sonaba tan hueca como esa que figura al final de su carta: «padre». Sería poco honrado no declarárselo. Quiero ser honrado también al decirle que no tengo interés en acompañar en sus "labores" a quien, en más de una triste ocasión, me dió "muestras tan elocuentes" de sus "sentimientos paternas".

Además, no quiero ensombrecer con mi presencia la tranquila vida de su esposa y "hermanas". Sería una crueldad de parte de su "hijo de ocasión" y del "hermano plebeyo" el ir a amargarlas en la burguesa paz campesina de que gozan.

No se duela tanto, pues, señor. Sepa Ud. que dos años de duro trabajo en el norte, un año en un albergue y esta miserable vida de conventillo enseñan al hombre muchas cosas que debían saber los hombres de su casta, ¡Tengo por delante una bella y noble obra que realizar!

Me resta agradecerle, como ya le agradecí personalmente en "aquella oportunidad", el poco de cultura que su "bondad" me proporcionó. Ahora, me será muy útil.

Lo saluda,

Pablo Acevedo.

Santiago, Mayo 9 de 93 ..



Los días pasan. Robles se ha impuesto de que se le vigila. A donde vaya, un agente lo sigue disimuladamente.

Caminamos de vuelta del trabajo. Cae una fina y pertinaz lluvia. Las calles se adormecen en el regazo de una leve bruma.

—¡Es mejor que no andemos juntos, compañero! ¡Lo pueden comprometer en un caso dado!... ¡De estos perros no hay que fiarse!

La insinuación de Robles, me da ocasión para manifestarme, obedeciendo al sentimiento que, desde hace tiempo, pugna en mí por alumbrarse:

—¡Me da igual, camarada! ¡Soy uno de las filas obreras, y en todo momento estaré con usted y con todos los que luchan por el pueblo!

El rostro de Robles, por primera vez desde la muerte de su madre, da vida a una sonrisa. Estrecha mi diestra sucia. Y se rozan los callos que el trabajo ha florecido en nuestras palmas.

—¡Así me gusta, camarada!—exclama—. ¡Si usted hubiera esperado poseer una cultura sólida, como una vez me dijo, para entrar a actuar entre nosotros, no lo habría hecho nunca, y habría faltado a una causa que le necesita! ¡Ha hecho bien en decidirse, compañero!

—¡Francamente, mi amigo, desde hace tiempo debía yo encontrarme actuando con ustedes! Creo que el

hombre del pueblo tiene trazada su línea de conducta en la lucha social, desde la cuna misma. El sentimiento de clase es como una cuerda del instinto en cada individuo y bajo su influencia vibramos y anhelamos. Pero falta a veces la experiencia que habrá de encararnos definitivamente con la realidad. Falta el momento preciso en que la vida alcance de tal manera las fibras humanas, que el hombre se encuentre desnudo ante sí mismo....

La tierna lluvia cae, salpicando nuestras ropas. La tierra de la calle exhala un olor profundo a campo.

—¡Eso es, compañero! El problema es ese: llegar al hombre, encontrar al hombre. Sólo mediante este hallazgo, el sér. obedece a su instinto con honradez y con virilidad. ¡Tengo mucha fe en usted, camarada! ¡Nuestra causa le necesitaba!... Y usted responderá...

—¡Haré lo que pueda, compañero!... ¡Estoy dispuesto y tengo fe!...

—¡Iremos al triunfo!...

—¡Sí, triunfaremos!...

La tierna lluvia cae. Las acacias desnudas se estremecen. De la tierra se levanta un profundo olor a campo. Y en el aire, parece que existieran campanas, claras campanas de esperanza que repiten nuestras voces: ¡El triunfo!... ¡El triunfo!...

FIN

Santiago de Chile, primavera de 1937.
otoño de 1938.

Este libro, publicado por Ediciones Yunque, se terminó de imprimir el día 15 de Julio de 1939, en los Talleres de la Imprenta «MINERVA», calle Rosas N.º 2986, Santiago de Chile. Intervinieron en su composición los camaradas: David Núñez y Lorenzo Sepúlveda; en su impresión, Alberto Lagos (editor); y en su encuadernación, Manuel León.

BIBLIOTECA NACIONAL

DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS

DL

Ca

2 JUN. 1992

D

Co

EDICIONES YUNQUE

al servicio del pueblo y de la cultura

Obedeciendo a este propósito, próximamente publicaremos:

JACOBO DANKE

«Baladas del país de los vientos»

El autor de "Las Barcarolas de Ulise" y "La estrella roja" destaca una vez más su voz en versos de la más pura y vigorosa factura lírica.

OMAR CERDA

«Porvenir de diamante»

Un poeta de la nueva generación nos trae un mensaje de autentica poesía. Un libro que "Ediciones Yunque" se honrará de editar.

VICTORIANO VICARIO

«Fábula de Prometeo»

Después de "El lamparero alucinado" este libro viene a enaltecer la personalidad de uno de los más significativos valores de la joven poesía americana.

REINALDO LOMBOY

«Ranquil»

Quien esté al corriente del formidable aliento social que anima a un amplio sector de la novela americana de hoy, tendrá que celebrar la aparición de esta obra, que, junto con "Hijuna...", de Carlos Sepúlveda Leyton; "Hombres de máquina", de Laurencio Gallardo; "Hombres", de Eugenio González; "La estrella roja", de Jacobo Danke; y "Los hombres oscuros", de Nicomedes Guzmán, da una medida de la contribución chilena a ese aliento.

EDICIONES YUNQUE
Colección
Novelistas del Pueblo

PRECIO: \$ 9-